1
233433

LA NOVELA D

LA CASA DE LA IRÍNI

POR EMILIO CARRERE.



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

=Varela de Seijas=

1

233433

47/1504209

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año I. Madrid, 30 de abril de 1924. Núm. 3.

LA CASA DE "LA TRINI"

POR

EMILIO CARRERE

Ilustraciones de VARELA DE SEIJAS

UNA PESETA

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

M A D R I D

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.

Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.

1 9 2 4

R. 3221833

I



rini, la de las sortijas, de pechos a su balcón, contemplaba con ansiedad la calle solitaria. Se oyeron dos campanadas en el reloj de la Universidad; respondió algo más lejano el bronce de San Ildefonso, vibrando en la sonoridad cristalina de la noche de junio.

—¡Las dos! ¡Y sin venir ese niño marchoso!

La voz de *Trini* sonaba negra de celos y de rencor, mientras su pie bonito, quimérico pie de princesa china, taconeaba nervioso sobre las baldosas del balcón.

—¿Pero se habrá creído que se puede tener a una mujer como yo, vestida desde las

diez de la noche, como una mona en la ventana, para luego hacer la del humo?... ¡Y que ya no viene!—replicó, furiosa—. ¡Maldita sea la hora en que conocí a ese chulo pinturero, sin vergüenza y sin entrañas, que es el único hombre que me ha hecho llorar!...

Y lloraba verdaderamente, lloraba por amor, ella, *Trini, la de las sortijas,* la emperatriz del Madrid castizo, la chula más corrida de la chulería galante, una *gachí de bandera,* que había ganado los billetes *a toneladas,* con el garbo de su cuerpo moreno —perfecta estatua de ámbar y de ébano—, cuyo amor había costado mucha sangre y mucho oro, como un idolillo lascivo y cruel.

A ella también le había llegado la hora de sufrir, pasado ya el *cabo de las tormentas,* la edad peligrosa de las mujeres. Y como sentía el orgullo de ser quien era, a su cariño mal correspondido se juntaba la rabia del amor propio mortificado.

—¡Haœerme eso a mí! ¡Vamos, que ese muñeco me ha *tomao* el número *cambiao,* y le voy a tener que dar un desengaño!

Pero en lo íntimo sabía que no podía ser, que sus palabras eran solamente chulería y postín, que le tenía metido en el alma y ha-



ría con su amor, con su dinero y hasta con su vida lo que su capricho de chulo bonito quisiera.

—Cuidao que tiene mala sangre tenerme de plantón una noche de verbena.

Sobre la cama aguardaba el mantón de Manila, extendido, para envolverse en él y saltar llena de gozo las escaleras cuando sonase la bocina del auto. Porque ahora lo más castizo es ir en automóvil a las fiestas populares. El viejo coche simón ya es un recuerdo del siglo XIX. La chulería lee y se hace refinada y progresiva. Dentro de poco las chulas postineras irán en aeroplano a la fiesta de San Antón.

Pero Rafael no venía. Sonaron las tres. En la solitaria calle se oían los sollozos de *Trini, la de las sortijas.*

—¡Mira que llorar yo por un hombre! ¡Vamos, que parece que me han embrujado!

Y se rebelaba contra aquella flaqueza de amor, con un gesto de reina tirana, de fabulosa emperatriz oriental, irguiendo su hermosa cabeza morena, que parecía dorada por el sol de Egipto y aromada por los rosales de Alejandría.

En el número cinco de la calle de Pizarro

tenía su hostal placentero la venus morena. Las verdes persianas velaban de día los misterios del interior. Alguna vecindona indiscreta podía atisbar, entre los resquicios, la intimidad de las alcobas, con camas de madera, muy bajitas, y colchas joyantes y amplios almohadones, donde reposaban en horas de placer aquellas grácil cabezas de pecadora que se veían al revuelo entre las persianas y cuyas canciones daban un bullicio de pajarera a la casa discreta de *la Trini.* Cerrada siempre por el día, recargados de tiestos los dos balcones, su picante secreto atraía la ardiente curiosidad de las vecinas honraditas, que husmeaban aquel santuario de Urania con el temblor delicioso de las vírgenes ante la revelación del pecado.

Las casas tienen un espíritu y hasta una fisonomía peculiar. Este viejo edificio del siglo XIX, con su portal inquietante, y las pupilas de sus balcones floridos pintadas de bermellón, con su gracioso tejadillo, como un alto peinado dieciochesco, daba la sensación de una alegre chica del arroyo al lado del noble palacio de Cheste, con portalada señorial y su jardinillo romántico, enfrente de una clásica casa de dormir, con un sucio farol so-

bre el portal negro, estrecho y retorcido, y su fachada desteñida con chorreones verdinegros, cual carátula de golfa por la mañana, después de una noche de borrachera. El resto de las viviendas ofrecían un apacible aspecto menestral, con el fragar de los oficios o de modesta vida de covachuelistas de poco pelo. Se podría afirmar que en todas estas cocinas hervía por las mañanas el clásico cocido nacional, causa del embrutecimiento incurable de la mesocracia. Las buhardillas, sobre las cornisas, amenazaban con caerse a la calle. Todas torcidas, como la cabezota de un borrachín alegre, con la montera ladeada. Algunas mansiones tenían colgajos de hierba que caían del tejado, cubriendo el portal, como un flequillo de vieja coqueta, y daban a la fisonomía de las casas una expresión caricatural. Otras, de ancho y negro portón, parecían bocas sin dientes que se reían a carcajadas.

La casa de *Trini, la de las sortijas,* era la nota riente, perfumada—con un intenso olor a pachulí—como una chulona joyante y grácil, entre otras mujeres honestas, demacradas y mal vestidas.

Diríase que la dueña le había prestado algo

de su propio espíritu de princesa chula, risotera al par que orgullosa de su tronío y de su vida desvergonzada, libre y extraburguesa.

Ya era día claro cuando *la Trini* se retiró del balcón, sin que Rafael hubiera aparecido. Las tres señoritas que vivían bajo su techo hacía rato que yacían con sabrosa compaña. Comenzó a desnudarse lentamente.

—¡Otra noche sola!—exclamó con melancolía; luego se encrespó como una panterilla—. ¡Maldita sea su sangre, ladrón! ¿Dónde se meterá? ¿Estará con alguna de bureo?—Y después, con profundo despecho, mientras se hundía en su lecho solitario:—¡Y pensar que para esto tiene una un amante!

II

Rafael Montesinos, *el Marquesito*, era el señorito chulo más caprichoso y más pinturero de la cofradía de galanes mantenidos. Alto, de buen talle, pálido de rostro, con ademanes señoriles, ojos y cabellos de un negror brillante, tenía una fascinación irresistible para las mujeres de vida alegre. Hablaba con donaire y sabía hacer el amor en un estilo apasionado, henchido de ardores sensuales y bordado de *achares* y de fanfarrias. Por su gentileza física, por su elegancia perezosa y como nostálgica parecía un caballero árabe del tiempo de los califas cordobeses.

Era valiente, con una serenidad fatalista ante el peligro. Hijo de buena familia, estudiante pésimo y aficionado a los naipes, a la chulería y a la juerga, se fué de su casa, casi niño, y vivió con artes de tahur, ejercitadas

entre *pinchos,* ventajistas y flamencos, en la pastelería antigua de la Pilar, frente a la Universidad, en las pocilgas de los cafés de Peláez y de Prada y otros lugares de trampa y aventura del clásico *barrio latino* matritense.

Una golfa de *postín* se encaprichó con él, acaso Matilde, *la Pálida,* o tal vez Hortensia, *la bien vestida.* El amor de estas buenas chicas le dió cartel de hombre de amor, y como era muy joven y tenía temperamento, muy pronto eclipsó las glorias de *el Corbata,* del *Choroné* y de Ricardo, *el Sombrerito,* los antiguos ídolos de la mitología del Horno de la Mata y de Tudescos, los jardines babilónicos del Madrid que ya comienza a desaparecer.

Una noche que se había metido en juerga conoció a *Trini, la de las sortijas,* la inaccesible, la que nunca había tenido un chulo en su ya larga vida de desnudable.

—Yo no he querido nunca a ningún hombre. A mí los billetitos grandes son los que me enamoran... ¿No has oído la copla?

Y cantó, con su voz de contralto, que sonó como plata líquida en el silencio de la noche, sobre la paz señorial y adusta del camino del Pardo:



La Carmela, la Carmela,
dicen que no quiere a nadie;
lo que quiere la Carmela
son los billetitos grandes.

—¡Anda, esta postinera! ¡También me gustan a mí, y sobre todo si me los da una buena mujer como tú!

Trini puso la más graciosa cara de asombro.

—¿Quién? ¿Yo? Chico, tú estás neurasténico. Debes ponerte a plan.

—Otras torres más altas han caído.

—¿Más altas que yo? ¡Miau!

—Precisamente estoy *encaprichao* por un solitario que he visto en casa de Veguillas, y anoche soñé que te empeñabas tú en regalármelo.

—Se sueñan muchas mentiras.

—Pues lo que yo sueño se cumple todo. Y que es una alhaja de gusto. Un brillante como una nuez *engarzao* en oro.

—¡Qué ordinariez!

—¿De modo que si a mí me diera la neurastenia por camelarte a ti?...

—Las ibas a pasar *morás*.

Rafael se encorajinaba.

—Pero ¿por qué no me ibas a querer tú, so pinturera?

—Me lo impiden mis creencias... religiosas.—Soltando el chorro de su risa clara:—¡Tendría gracia que ahora que ya voy siendo *purí*, y con el asquito que siempre les he tenido a los hombres, hiciera así y me entrara la pasión de ánimo por un *macarra...!*

—¡Vas a venir a buscarme con el pelo suelto!

—Y el corsé debajo del brazo. ¡Con la rica tela por delante, *salao!* Yo no soy de esas primas que las da por el romanticismo y están siempre *a dos velas*, para que su querido se luzca con otras. Ya lo sabes: conque, si te sobran diez *laureanos*...

La carcajada del *Marquesito* hizo volver el rostro a todos los que en aquel instante se juergueaban en *La Huerta*.

—¿Que te voy a dar dinero yo a ti? ¡Pero, chica, tú estás sonámbula!

Intervinieron los amigos, y empezaron a cenar alegremente. Con *Trini, la de las sortijas*, iba Julia, *la Monja*, una chiquilla rubia, que desde el convento de las Trinitarias había saltado al conventículo amoroso de *la Nacha*, institución respetable de la galantería calle-

jera. A Rafael le acompañaba Mirandón, el eterno estudiante de Medicina, filósofo de café y confesor laico de todas las señoritas amables de la Corte.

Algún pacto debía de tener con el diablo el apuesto *Marquesito,* o tal vez en el dorado Sauterne vertió un filtro o unos polvos misteriosos de la botica de la clásica Celestina, porque de madrugada retornaron en el automóvil, cantando esas ardientes coplas flamencas que tan bien preparan el alma para *partirse el pecho* a quererse, en esas noches en que el vino y el *cante* nos encienden de un rabioso romanticismo, yendo a recalar en casa de *Trini,* en la alcoba de la calle de Pizarro, nidal tan coquetón y tan perfumado, donde ella se permitía el lujo de dormir sola, ya que tanto tiempo hizo granjería de dormir acompañada. En su espléndida madurez, con bastante dinero en el Monte y un cofrecito de sándalo lleno de joyas y bien acreditado su hostal venusiano entre sus amigos, *personas muy serias, la Trini* no solía dar acceso en su alcoba a ningún hombre. Estaba ya cansada de ganar *jayeres* con su cuerpo serrano, y de capricho..., ¡vamos, que no había nacido aún el niño bonito que la *camelase* a ella!

Engañosa vanidad que se abatió aquella noche, en que ella misma, un poquito alegre por el vino y excitada por la juerga, las zalameras palabras y la influencia del renacimiento primaveral, condujo hasta su alcoba, la capilla cerrada de aquel templo, abierto al culto público, al oficiante, medio señorito y medio rufián, que tomó posesión del ara, con la máxima solemnidad del rito.

Algún talismán erótico debía de poseer el muchacho. Algún secreto de los que hicieron grande y bello el amor en la Atenas de Aspasia o en la Florencia renacentista de Verónica Franco, la cortesana poetisa. Aquella noche, entre besos vampiros, entre el suplicio de las mordeduras extenuantes, agotando la alegre ciencia del placer, en sus cuatro normas clásicas, arrequivadas de encantadores juegos menores, con la diversidad de poses de la viva estatua femenina y todas las improvisaciones de la imaginación entre personas de temperamento, *Trini* olvidó su egoísmo de hetaira fría y fatigada, y se entregó, como una leona joven, a la emoción inefable que hace eterno el pecado, desespera a los teólogos, escandaliza a las viejas, hace suspirar tiernamente a las jamonas, puebla de

visiones pornográficas el sueño de las vírgenes locas, encrespa el último rescoldo, bajo las bragas respetables de los senadores, y es milagrosa embriaguez de vida y de belleza en la divina juventud.

Cuando se despidieron, *Trini* no era ya la princesa-chula, sino una hembra sumisa y gachona, loquita perdida por él, que al darle el último beso, exclamó, sorprendida por aquel cambio radical de sus sentimientos:

—Pero, ladrón, ¿qué es lo que me has *dao?*

—¡La sangrecita de mis venas!—y mirándola con los ojos entornados, que es el método más eficaz del hipnotismo chulesco-sensual, murmuró:—¿Verdad que me vas a querer mucho, chata?

III

Enfrente de casa de *la Trini,* en una rinconada, había otra yacija de placer, humilde, de calderilla, cuyas damiselas *hacían puerta* y armaban broncas pintorescas con los que pasaban.

Un gran farol avisaba que también era casa de dormir. Allí se refugiaba esa fauna híbrida, entre pollitas, buscones y descuideros, que siempre anda al acecho, de noche, por la Puerta del Sol. Las chicas fumaban y cantaban la última chulería, cazando a tirones al galán fortuito. La dueña, una mujerona reumática, vigilaba el buen gobierno de su negocio desde el balcón, con rojas cortinillas, como las de las clásicas tabernas, y gruñendo de continuo contra la cofradía de galanes mantenidos que traían sorbido el seso a sus pupilas.

Razón tenía la buena mujer, que siempre andaban de palique por las esquinas, entre silbidos y *achares,* y aunque ella sólo les daba entrada un día a la semana, ellos estaban siempre *dando la pelma,* y rara era la noche que no armaban un broncazo e iban todos *palante*. Los novios de las niñas eran de lo peorcito de la clase: espadistas con poca fortuna, sañeros de mal arate y de los que cuentan el cuento de las misas y el de las estampitas. La morralla del mundo delincuente. De lo que podían presumir todos era de chulos *retestinaos,* chulos de los bajos fondos—valga la consagrada redundancia—, que hacían a pluma y a pelo donde sonase un poco más de dinero.

Ganaban para el día, dando su juventud —el chulo es viejo a los veinticinco años— a cambio de la comida y de la cama. Sus pobres novias competían a regalarles: era un orgullo para ellas que su novio fuese bien y con un duro para alternar.

La calle era conocida entre ciertos turbios personajes... Sabían que aquello era un zoco de hombres y mujeres. *La Dalia de Córdoba*—que era un señor con barba rubia, aunque nos parezca increíble—paseaba por ella a

la busca de sus difíciles aventuras. Muchos personajes equívocos—hombres y mujeres—. ¡Oh, aquella célebre duquesa de Bernaldal, más Burladora que Don Juan y más peligrosa para las clarisas de quince años que el caballero Lovelace!—Pero el más absurdo, el más inquieto, el de modalidad sexual más indefinible era Horacio Medina.

Las chicas de casa de *la Trini* le veían llegar con verdadero pánico. ¡Era el vampiro! Le temían ellas y ellos, porque era un atleta, que pegaba fuerte cuando alguno se le ponía flamenco.

Aunque pagaba bien, era una mala noche para la que resultaba preferida. El vampiro las devoraba; era un pulpo sádico que por los caminos del placer llegaba al martirio.

Horacio tenía la celebridad más contradictoria. Rico, artista, con un nombre ilustre, de conversación espiritual. Sólo las turbonadas de sus deseos le hacían indeseable. Las niñas del conventículo de *la Trini* consiguieron echarle. Horacio no lo sintió. Aquellas muchachas eran demasiado *señoritas* para él, en aquellos momentos... Le gustaban más las otras, las de la calle, las golfas más tiradas.

Noble por su cuna, más noble aún por sus

inclinaciones artísticas y literarias, sólo para el amor, para su absurdo amor, era plebeyo y turbio como un rufián. ¡Cuanto más bajas, más despreciables y más bataneadas, le encendían más la hoguera de sus ansiedades inconfesables!

Tenía entre las golfillas de Madrid, y sobre todo entre las de la calle, una mala leyenda. Cada noche le era preciso ser más generoso. Las chicas que no sentían repugnancia del desconocido ni del beodo, sólo se iban con él a fuerza de dádivas o una de esas malas noches, de inútil espera en el arroyo, hartas de llamar a los viandantes, una de esas noches que tienen todas las *mujeres de la vida,* en que parece que todos los hombres han hecho voto de castidad.

Aquella noche, Acacia, desde detrás de la vidriera, le vió aparecer en lo alto de la calle de la Luna.

Horacio Medina, el extraño aristócrata, enfermo de todos los satanismos y de todas las monstruosidades del pecado, se asomó a la hórrida callejuela inquietante, que se abría como un pozo sin fondo en la entraña de aquel barrio de prostíbulos y de tabernas. Sonaron las cuatro en una torre lejana. Otros

relojes más próximos respondieron, y pronto se expandió por el aire la melodía vagarosa de una orquesta de campanarios, como la voz conjurante de un espantoso aquelarre de espasmos inauditos y de crímenes sin nombre.

El cielo era plomizo, y una enorme Luna roja vertía reflejos sangrientos en los charcos de la calle, temblorosamente iluminada por los reverberos. Era una sensación escalofriante de asesinato, como si por allí hubiera pasado un hombre desangrándose.

En los quicios obscuros, algunos rostros muy pálidos, como carátulas de un amor de aberraciones y vesanias, cantaba lentas coplas de miseria, de lujuria y de hospital.

A la mujer de la vida
trátala con caridad;
que antes de ser de la vida
ha sido mujer *honrá*...

Algunas sombras se trenzaban en los recodos, como larvas gigantescas.

En el principal de la casuca con rojas cortinillas sonaba un piano de manubrio. Era una música muy lenta, apasionada y dramática. Brasas de cigarro brillaban en la obscuridad como ojos de gato. Las Esfinges de

la Noche y de la Lujuria, inmóviles en los quicios, sentían caer el lento dolor de las horas en el pozo del infinito. Girones de voces, ruidos confusos, el lento resbalar de pies de los bailarines... Parejas muy abrazadas cruzaban tras de las vidrieras, como sombras de una linterna mágica.

¿Qué buscaba Horacio Medina en aquella miserable calleja, entre la sombra maldita, donde todo era negro y el aire estaba envenenado por emanaciones de presidio y hálitos de hospital?

El *dandy* lunático lo contemplaba todo a través de su monóculo. Sus pieles perfumadas dejaban una suave estela, y sus joyas, que lucían en el fondo turbio como diminutas constelaciones, hacían brillar con fulgor de crimen las pupilas fatídicas que fulgían en la callejuela.

Lentamente, se acercó a una sombra de mujer. Hablaron en voz baja de pactos tremendos e inconfesables. La hembra desgarró la noche con su risa plebeya y tableteante. Vibró un silbido, y surgió un hombre con empaque de chulo. Seguía sonando, monótona, la música del organillo.

Horacio Medina sacó su pitillera de oro,

con piedras preciosas; encendió el chulo, encendió la sombra de mujer. Al fugaz resplandor se veían los rostros pálidos, las ojeras cárdenas, las bocas mustias, retorcidas en un gesto doloroso y canalla.

Voces roncas de alcohol y de lacras horribles...

Los bailarines llevaban el compás pesadamente. La Luna se ocultó tras un tejado. Un perro vagabundo guluzmeó en los acervos repugnantes.

Hablaban los tres. ¿Qué palabras abominables despertaron aquel súbito estallido de pelea? Se oían voces roncas, blasfemias, amenazas. Después, silencio.

El *dandy* mira la hora en su cronómetro, magnífica alhaja, con una corona ducal. Titubea. Hace un gesto equívoco. La sombra de mujer le atrae con sus garras de perfidia. El chulo se echa atrás, con traidora elasticidad de felino. Como un relámpago brilla la hoja de un puñal, que va a hundirse en un costado de Horacio, el buceador extraño de los fondos de la pasión. La música del organillo ahogó un grito.

Miraron rápidamente a los lados. Por lo alto de la calle sonaban los sables de dos

guardias, que avanzaban con lento andar. El chulo hizo un gesto de mando y fué a apoyarse, con indiferencia, en el muro de enfrente, llevando el compás de la música, lenta, apasionada, dramática.

La sombra de mujer se abrazó al cuerpo de Horacio, cuya masa muerta se desplomó sobre ella, y comenzó una danza absurda, descoyuntada, sin ritmo, en un abrazo tremendo, como un baile lúgubre de espectros en el fondo turbio de un sueño de opio. Los guardias desfilaron cerca de ellos, siguiendo su ronda lentamente.

Una copla lejana se fundía en la melancolía de la noche. La Luna roja había roto las nubes y vertía sus fulgores de sangre en los charcos pestilentes.

Cuando los guardias torcieron el recodo, la sombra de mujer soltó el cuerpo de Horacio, que se desplomó pesadamente sobre las baldosas.

Una mano diestra despojó al cuerpo roto, descoyuntado, como un gigantesco polichinela. Ululaba el viento sus siniestros ritornellos en las encrucijadas. El perro vagabundo levantó el hocico, husmeando la muerte, y aulló a la roja Luna de pesadilla.



Acacia, horrorizada por aquella dramática pantomima que había presenciado, corrió a advertir a *Trini,* que se entretenía en hacerle al *Marquesito* su cotidiana escena de celos.

—¿Que le han *apiolao?* Pues cierra el balcón, muchacha, no nos metan a nosotras *en el ajo.*

—Tenía que pasarle algo malo—dijo Rafael—. ¿Tú le viste la cara al que le pinchó?

—No estoy segura, porque la calle está muy negra. El se paró a cuchichear con *la Pájaro.*

—Entonces habrá sido Juanito, *el Boina,* que es el que la habla...

Acacia no pudo pegar los ojos. Compró el primer periódico que salió. Daba la noticia de la muerte del aristócrata como un accidente. Una congestión le había fulminado en plena calle. Su familia procuró que sobre el cuerpo de Horacio no siguiera flotando su leyenda escandalosa. Fué un secreto que sólo supieron algunas chicas galantes. Quedó sepultado en el seno de la callejuela prostibularia.

IV

—¿Estás loquita por mí, chata?

La Trini no era chata, sino que poseía una nariz recta y fina, unida a una frente noble, un poco pequeña, serena y vertical, sobre la que caía el negro cabello de hebras recias, ondulado y brillante. Era una morenaza estupenda, exuberante de pecho y caderas y fina de cabos, tobillos esbeltos, desde donde la línea se iba ensanchando armoniosamente, en ascensión, hasta la curva de guitarra de la cintura, que por ser demasiado juncal hacía resaltar más la opulencia de sus dos senos en punta. Sus manos, eternamente enjoyadas, eran señoriles y pequeñas, y el brazo, redondo, que engrosaba hasta llegar a sus hombros mórbidos de venus de ébano. Su piel era morena, dorada; la boca, gruesa y carnal, con un ligerísimo y gracioso bozo. Y por un

capricho artístico de la naturaleza, los ojos, de color de acero, brillando sobre el rostro de belleza etíope, como dos inmensas y raras gemas. Eran unos ojos fríos, fosforescentes, junto a una tez que exigía las negras pupilas de la Sulamita, para ajustarse al perfecto tipo estético de la viva estatua morena. Pero este contraste la prestaba un hechizo singular y atraía la mirada de los hombres hacia aquellos ojos, que parecía que se los había robado a una mujer rubia.

Era alta, con garbo de real hembra, y sabía andar con un ritmo de chula, que no es lo mismo que el ritmo de danza de negros con que mueven las caderas las señoritas de *cabaret*. Constituía un bello espectáculo verla andar por la calle repiqueteando en las baldosas, orgullosa y descarada, como despreciándolas a todas, con una rara majestad de reina manolesca, que con más prestancia y gallardía no lució su garbo la castiza María Luisa de Parma en las verbenas y en las tardes de toros. Iba bien ataviada, algo estrepitosa, más bien por el tipo, que hasta la corneta y el sayal de hermana de la Caridad resultarían en ella llamativos y pecaminosos. Tenía el orgullo de ser golfa, como las hetai-

ras griegas y francesas, que sabían que amar es un arte. La moralidad y la degradación social de las chicas alegres eran, a su entender, respingos de beata vieja, cursilería mojigata, y con un instinto pagano y riente afirmaba que dar el placer—donde todo es triste y aburrido—merece la gratitud y el honor de la república.

Pero ella había sido pródiga de un placer que no había sentido casi nunca. Eran el *postín*, las alhajas, la libertad y la adoración del macho lo que la encantaba. Fué cruel y egoísta cuando alguno la amó, y sólo a última hora, a los treinta y cinco años, con *el Marquesito*, comenzó a arder en las hogueras que ella siempre había encendido. Su primera pasión fué la última, con todo el ardor contenido y vicioso, con la violencia empurpurada de poniente otoñal que estalla en las mujeres que declinan.

Rafael se *hizo el amo*: fué el idolillo, que no se saciaba nunca de pedir dinero, como cumple a los amantes de golfa que saben darse a valer. *Acharoso* y frívolo o apasionado y romántico, a veces, la fué *colando* hasta que se apoderó de todas las fibras de su alma.

La Trini conoció un nuevo sentimiento te-

rrible, la mayor atadura del amor, la obsesión patológica de toda pasión fuerte: los celos. Y aprendió a sufrir y a llorar de amor y conoció el placer del sacrificio, al par que las heridas de esa vanidad femenina, despótica y rencorosa, que llaman amor propio.

Tras el plantón de aquella noche de verbena, se levantó del lecho, pálida, con los ojos hinchados, con un extraño malestar:

—Me da el corazón que me va a pasar algo malo.

Julia, *la Monja;* Acacia y Amparo, *la Cordobesa,* las tres damiselas que bajo su techo vivían, quisieron ahuyentar sus presentimientos.

—No, si no creo en brujerías; es que siento una tristeza, sin saber por qué... No creáis que soy una ignorante que cree en agüeros; aunque se vierta la tinta, aunque me mire un tuerto, me quedo tan fresca. Lo único verdad es que cuando se derrama la sal entonces le pasa a uno una desgracia muy gorda. Pero todo lo demás son chaladuras y pamplina *pa* los canarios.

En esto llamaron a la puerta y entró la señora Remedios, una vieja chismosa, antigua alcahueta arruinada que vivía de lo que le da-



ban las chicas, como recadera utilizable para llevar cartitas y empeñar cosas en los momentos de *crujía,* al par de los quehaceres domésticos que la permitía su vejez. Conocía todos los burdeles, los hostales de medio pelo y las más elevadas casas discretas, y de una en otra iba sacando, con sus buenos oficios, para ir tirando de la vida y conservar su renegrida pelleja, restos inverosímiles de una mujer guapa cuarenta y cinco años antes. La señora Remedios traía la *cara larga* y hacía grandes aspavientos antes de hablar. *La Trini* se anticipó:

—Usted viene a *soplarme* algo que me va a escocer.

—¡Ay!—chilló la vieja—. Bien sabe Dios que no quisiera darte un disgusto; pero una es agradecida, y como muchos días te debo el pan que como...

—Hable usted—dijo *la Trini,* nerviosa.

—Pues me duele que una mujer de tu mérito esté pasando las negras y haciendo la prima con un charrán que no merece ni besar la suela de tu zapato.

La Trini se encrespó:

—Eso no le importa a usted ni a nadie. ¡Yo hago lo que me sale del moño! ¿Se en-

tera usted? ¡Nos ha *revacunao* la tía vieja ésta! ¡Si no es más que eso lo que se trae usted, ya puede tomar *el dos;* conque arzando— y, poniéndose en jarras, la señaló la puerta.

—¡Jesús, hija! *Hay que fastidiarse.* Y cómo te pones por un consejo—dijo con retintín—. Por un poco de cocido que la echas a una no hay derecho a avasallar. Ya me voy, porque como no quieres oírme...

—Hable usted pronto—le replicó con ansiedad, temiendo de un momento a otro el mazazo en la nuca, surgiendo de entre la gárrula palabrería de la vieja.

—Pues me ha dicho una persona muy decente, que le sigue los pasos, que tu Rafael estaba anoche en la verbena con una rubia de buen tipo y bastante bien *fardá;* que estuvieron bailando en Niza y luego pidieron de cenar. Ya de *madrugá,* pagó ella, ¡naturalmente!; se dieron una vuelta por la verbena, y luego tomaron un simón y se fueron, *cachondeándose* de tal modo, que la gente se volvía *pa* mirarlos y el pobre cochero iba *acharao*...

—¿Y no oyó esa persona la dirección que dieron al cochero?—replicó *la Trini,* muy pálida y saltándosela las lágrimas.

—Con el número no pudo quedarse; la calle sí que la oyó. Pero, chica, no es para ponerse así, que parece que te vas a caer redonda. ¡Pues así que hay pocos hombres por ahí, digo, ya lo sabes tú, que hasta te retirarían del negocio y vivirías en tu casa como una reina!

—¿A qué calle fueron a parar?...

—A la del Humilladero... *y al paso,* como dijo la *gachí.* Debe de ser una buscona, liada con un tío gordo que la tiene muy bien.

Trini no quiso oír más. La dió un duro a la vieja, y a los cinco minutos ya estaba vestida con una sencilla túnica de crespón que modelaba al detalle la gracia opulenta de su cuerpo.

—¿Adónde vas, mujer?—dijo la Acacia.

—Primero, a casa de *Madame Ivonne* a que me eche las cartas, a ver si es verdad ese lío que se ha *traído* la Remedios, y si no es un chisme, a la calle del Humilladero, a darla un taconazo en la cara a ese *cacho pendón* que me quita mi novio. Ya sabes el plan, con que si quieres venirte...

La Acacia se echó el mantoncillo de crespón. Amparo, *la Cordobesa,* espíritu folletinesco, también quiso ir. Y las tres Gracias

flamencas salieron con gentilísimo braceo y taconeando fuerte. Al marchar, *Trini* dijo a *la Monja* que se quedaba de guardiana del amable falansterio:

—Si llama algún pelmazo, mándale a tomar el fresco. Y si viene Rafael, que me espere, que tenemos que hablar...

Y llenando la calle con su fuerte perfume, desaparecieron por la esquina de la calle de la Luna, seguidas por las miradas de las vecinas de las humildes casitas costaneras, quién sabe si escandalizadas o envidiosas.

V

No habrían llegado a San Bernardo, cuando llegó Rafael, en *moto,* muy cansado y con unas ojeras cárdenas, reliquias de la noche pasada.

—¿No está ésa?

—Ha ido a dar una vuelta. Me ha dicho que la aguardes.

—¿Está muy furiosa?

—¡Anda! ¡Está como para que la pidan la pulga! La tuviste de plantón hasta el amanecer, llorando en el balcón toda la noche.

Rafael sonrió jactancioso.

—Estuve oyendo al *Chacón,* en la Cuesta, con unos amigos; se metió la noche en vino, y *pa* qué te voy a contar... Hasta ahora.

La Monja hizo un gesto equívoco.

—Conque al *Chacón,* ¿eh?... Eso se lo cuentas a ella. No ha faltao una buena alma

que venga a decir lo que hiciste anoche. ¿Quién era la rubia con la que estabas cenando en Niza?

El Marquesito sonrió.

—Una de mis adoratrices. Me fastidia que se lo hayan *chivao,* porque en cuanto venga ésa, me va a dar el mitin.

—¿Tanto miedo la tienes?...

—Ya ves tú, como que *me da marcha* en cuanto que me desmando—exclamó con sorna—. ¿Ves esta señal que tengo aquí?

—Parece un chupón. Habrá sido la rubia de anoche.

—Caprichos que tenéis las señoras.

—Yo no soy de ésas.

—¿Tú no le das martirio a tu hombre?

—Yo soy muy cariñosa. ¿No te lo han dicho?

—Eso tendría que verlo yo. Y mejor ocasión que ahora...

La muchacha se echó a reír.

—¡Anda éste con las que se sale! *Pa* que luego me arranque el moño *la Trini.*

—No te ibas tú a dejar.

Y enlazándola por el talle se la sentó en las rodillas. Ella fingió que quería huír del abrazo, pero sus ojos brillaban de deseo.



—¿Es que no te gusto, morucha?

—Como gustarme, me gustas un rato largo, ya lo sabes tú; pero si luego te vas alabando por ahí, y se entera ella, me va a poner el cutis como un mapa.

—¡Exagera tú algo!

Mientras, la muchacha se dejaba acariciar, con una alegría íntima—tan de mujer—de engañar a la otra, la dueña de la casa, una de las golfas más célebres y más guapas de Madrid. Desde que le conoció la entró el capricho por él, que, además de ser un buen mozo, era el *macarra* de moda.

—Desnúdate.

—¡Que te crees tú eso!... *Pa* que nos pillen en la cama... Otro día nos vamos a comer juntos y...

—No; ha de ser ahora mismo.

El Marquesito comenzó a besarla como él sabía, y *la Monja,* encendida de ilusión, le besó también, con un ardor de ramera apasionada, fuego delicioso y arrollador que no sospechan las mujeres honestas.

La Monja tenía un encanto andrógino: delgada y serpentina, con los pechos pequeñitos, como dos dalias, y los flancos apenas iniciados. Frágil, de un suave color de miel;

el cabello, cortado en melena, y el rostro casi infantil, vicioso y cínico, de gorrión del arroyo madrileño.

—Pareces un chavalillo—dijo Rafael—. Te debes de ceñir como una serpiente.

—Contigo, sí, gitano mío, que sueño contigo desde que te conozco.

—¿Y qué es lo que sueñas, si no es un secreto?

—Pues... con lo que va a pasar ahora, *salao*—y riendo locamente le venció sobre el diván, dándole golosos y penetrantes mordisquitos en sus labios voraces de sultán de prostíbulo.

Rafael, habituado a la belleza magnífica, alta y pomposa de *la Trini,* gozaba con el contraste de poseer a aquella muñeca tan frágil, tan elástica y tan pervertida. Era el encanto de la mujer nueva lo que encendía su deseo, la deliciosa sed de besar todas las bocas, el delirante coleccionismo de mujeres desconocidas, que es el eje psicológico de Don Juan, del estudiante Lisardo y del abate Casanova.

La Monja fué la que le poseyó a él, mordiéndole frenética, hasta ver brotar hilillos de sangre. Su exaltación de histérica que realiza un gran capricho la hizo cabalgar en un

loco galope de sensaciones, mientras *el Marquesito,* casi agotado por la tempestad de placer de la noche pasada, languidecía bajo sus caricias crueles, sintiendo el goce del dolor que le daban aquellos labios viciosos y aquellos dientes agudos de loba en ardentía. *La Monja,* después de la más furiosa convulsión de placer, se desasió y cayó sobre el diván como un polichinela desarticulado. En seguida rompió a llorar.

—¿Por qué lloras, vida?—inquirió *el Marquesito.*

—¡Porque te quiero *pa* mí sola, gitano, sangrecita mía!... ¡Y no *puc* ser!—gritó con esa ternura femenina después de una triunfal escena de lujuria, que es como la gratitud de la carne.

VI

No tardaron mucho el volver las tres Gracias flamencas. *Madame Ivonne,* después de graves investigaciones de su ciencia de cartomántica, había revelado la existencia de la célebre mujer rubia..., de cuatro o cinco morenas y de considerable número de castañas, amén de otras tantas bermejas. Todo esto lo veía la adivinadora *entre esquinas* y *afirmándolo la espada,* categóricamente, según es hábito de tan sorprendentes sacerdotisas, oráculos de todas las princesas de la aventura.

—Gachó: su novio de usted, joven, es más ansioso que el Landrú—exclamó *Madame Ivonne,* en un estilo que más que a la loca Lutecia recordaba el Portillo de Embajadores.

Esto halagó la vanidad de *Trini, la de las sortijas.* ¡A su amante se lo disputaban todas las mujeres!

Al anochecido, cuando estaban de sabroso palique en el balcón, llamó uno de los amigos habituales.

La Amparo se levantó con mal arate.

—¡Ya está aquí este *tío hueso!*—refunfuñó.

—Mujer, trátale bien, que el pobre molesta poco a las mujeres—dijo *Trini*, cuidadosa de su comercio.

Era un señor de buen aspecto, bien vestido, con un bigotillo blanco y recortado y los anteojos sobre la punta de su gran nariz, de color de berenjena. Se presentía en él al burócrata de manguitos y gorro con galones, que ama al balduque tiernamente y está intoxicado por el polvo de los legajos.

La Cordobesa le salió al encuentro muy zalamera.

—¡Pero si es don Adolfito! Pase usted, perdido, que no se deja usted ver...

El señor rehuía el diálogo en el comedor, frente a las otras chicas. Acaso le daba vergüenza que le vieran, porque *la Cordobesa* les habría contado su especialidad amorosa.

—No he podido venir... ¿Sabes?... Mucho trabajo en el ministerio...

Se quedaba entre la penumbra del pasillo,

huyendo la cara, en una lucha interior, turbia y terrible, entre su decoro y sus pasiones inconfesables.

Siempre que iba se echaba el sombrero sobre los ojos, miraba receloso si había alguna persona conocida en la calle, pasaba y repasaba ante el portal, hasta que deslizábase rápidamente. Esta misma inquietud aumentaba el deleite de sus misteriosas concupiscencias.

Las mujeres *de la vida* sienten un desprecio burlón hacia estos amadores estrafalarios, aunque las dan más dinero que los hombres normales por satisfacer sus incomprensibles y pueriles caprichos. Don Adolfito era el más suave, el más discreto, el más inocente de todos los *raros*. Siempre que iba preguntaba por Amparo, la magnífica morena, alta, opulenta, devoradora, él, tan chiquitín, tan tímido, tan consumido por la edad y por sus lujurias.

—Si tiene usted prisa podemos pasar a la alcoba...

—Sí, sí; mejor es...—replicó aceleradamente.

Don Adolfito perseguía a la muchacha a través de todos los prostíbulos adonde la llevaran su genio peleón o los vaivenes de la

fortuna. Era un enamorado fiel, cuyos ojillos se encendían de emoción tras de las antiparras siempre que ella comenzaba a desnudarse. Un extraño temblor se apoderaba de su flaca persona mientras iban emergiendo las intimidades pomposas de *la Cordobesa* entre los encajes y las cintas. Era placer de los ojos, gusto del tacto, deleite de la boca, que la recorría toda, con caricias tímidas, desde el cuello grueso y moreno hasta los muslos poderosos. Después, don Adolfito se detenía largamente en los zapatos, de rodillas ante la hembra semidesnuda. Aquél era su placer inconfesable, su deleite turbio. Recorría con su lengüeta senil los bordes del zapato, hundía su roja nariz de covachuelista, guluzmeaba como ante una golosina. Muy pronto, una fuerte excitación le sacudía, se tornaba rojizo su semblante y se le torcía la boca. En seguida, muy humilde, muy azoradito, la daba cinco duros a *la Cordobesa* y huía escaleras abajo.

A pesar de pagarla bien y de molestarla poco, la muchacha le tenía asco.

—¿Por qué tiene usted esta chifladura, don Adolfito?—le preguntó una vez.

El pobre viejo se explicó como pudo. Era

un proceso psicológico bastante borroso. Desde muy joven sentía preferencia por los pies de las mujeres coquetonamente calzados. La belleza del rostro y el garbo del cuerpo llegaron a ser cosas secundarias. Unos pies con zapatitos de charol le producían un deseo irresistible. Fueron su fetiche erótico durante cuarenta años, cuando aun era fuerte para el amor normal. La mujer desnuda y acostada cerca de él apenas le enardecía. Necesitaba verla calzada, taconeando garbosa. Estos caprichos sólo podía realizarlos con mujeres galantes... Ya, la edad habíale chupado sus íntimas esencias vitales como un implacable vampiro...; pero la imaginación le atormentaba aún, empujándole a la satisfacción de sus amores extravagantes, donde hallaba todavía un tardío placer, que ayudaba a la locura y aceleraba el paso de la muerte.

Cuando Amparo volvió al comedor, las otras, entre ascos y burlas, estaban hablando de todas las rarezas sensuales de los hombres.

—Pues mira tú que el tío de los pichones... Vamos, que está *pa* que lo aten.

—Tampoco es mal amigo; sólo que le da por ahí. Mientras no se le ocurra pegar o abusar de las mujeres.

—¿Y por qué le da a ese señor?—preguntó Mirandón, que, como todas las tardes, había venido *a dar la pelma.*

La Monja, que era una de las heroinas de aquel episodio, tomó la palabra:

—Pues verás: se presenta con dos pichones vivos, dentro de una cesta.

—Parecerá a Manolito, *el bailarín,* cuando va a la compra.

—No tiene nada de *sarasa.* Es un chico guapo, un tipazo de hombre; pero que tiene esa *chalaúra.* Fuera de eso es la mar de simpático. Entramos con él la Acacia y yo, nos desnudamos y empezamos a besarnos...

—Y él, ¿qué hace?...

—El, como si fuera de palo, al principio. Al cabo de un rato, cuando nosotras estamos con las agonías, saca una faca y les corta el cuello a los pichones. Entonces ¡hay que ver la cara que pone! Yo creo que cuando ve la sangre de los bichos es cuando goza él...

—Pero a vosotras, ¿no os toca?

—Nos magrea un poco; pero no entra con ninguna.

Intervino la Acacia.

—Ese punto nos va a dar que sentir un día. Da miedo verle con los ojos de loco y el

cuchillo lleno de sangre. *¡A lo mejor* le da por degollarnos a las dos!

—Y ¿no vienen más amigos de ésos?—dijo Mirandón.

—¡Anda, si esto parece un manicomio!

—El que parece un *hueco* es ese otro *pelanas* que quiere que le sacudan y le mienten la madre. Pero que si no le das un palizón no está contento.

—¡Y que chilla poco el gachó! Parece una *marica desollá.* Yo le doy cada taconazo en las nalgas, que *pa* qué...

—A él le gusta eso. Cada vez que *se ocupa, se retrata con diez marineros.*

—La mayoría serán viejos, ¿verdad?—preguntó *el Marquesito.*

—Los hay *viejales,* como don Adolfito, pero vienen muchos jóvenes. Eso es de nacimiento, ¿verdad, tú?

Mirandón tomó la palabra.

—Son enfermos, verdaderamente, y bien dignos de lástima, porque su enfermedad está en el espíritu, y para eso no sirven los potingues del boticario. Vosotras conocéis a los hombres mejor que nadie; se os presentan con todos los instintos, con todas las abyecciones, con todas las vesanias al descubierto.



Las rarezas de don Adolfito las conoces únicamente tú: sabes el gran secreto de su vida, y vosotras sabéis la degeneración de tantos otros que acaso son respetables, poderosos o admirados en la comedia social. Algunos tendrán hijas, esposa, amigos... Nadie los conoce. Sólo vuestras alcobas son los confesonarios de sus almas enloquecidas por la lujuria.

—¡Qué asquito de tíos!—exclamó *la Trini*—. La verdad es que valéis bien poca cosa.

—Oye, guapa—dijo Rafael—. ¿Harás alguna excepción?

La hembra se sentó sobre sus rodillas, y le besó apasionadamente en los labios.

—Estamos hablando de los *cabritos*. Contigo no va *na*. ¡Tú eres mi hombre!—exclamó con orgullo.

VII

Mirandón y *el Marquesito* caminaban lentamente, saboreando unos *partagás*, a lo largo de la pintoresca calle de Toledo.

—Pero ¿qué las das, Rafaelillo?

—El sino de las personas—respondió el chulo, con petulancia— Vente conmigo al Imperial, tomas café, y te presentaré a la rubia.

—¿No temes que te coja *la Trini* y te haga una escena?

Rafael se encogió de hombros.

—Estaría escrito.

Su filosofía era dejarse arrastrar por los sucesos, sin oponer resistencia a la vida, que, al cabo, es siempre la vencedora.

Entraron en el café. Varios gitanos, negros de rostro, con sombrero ancho, concertaban con habla melosa sus chalaneos. Algunas pa-

rejas de amantes cuchicheaban en las mesas ocultas en la penumbra de los rincones. Era un alcahuete cafetín de barrio, antesala de la casa de citas, donde entran mujeres con largo velo que miran recelosamente y corren los stores de las ventanas para que no las vean desde la calle; cafés muy lejanos del centro, donde no es fácil que entren los maridos burlados, y en cuya discreta semiobscuridad los idilios pasan a convertirse casi en epitalamios.

Un camarero se acercó.

—La señorita me ha dicho que ha ido a comprar una cosa, y que vuelve en seguida.

—Un alfiler que tiene interés en regalarme. Yo prefiero la rica *pastizara,* pero ella quiere que lo use *pa* que no la olvide. Chico, estas golfas, en cuanto se *cuelan,* se ponen la mar de románticas.

—Pues si la otra te ve la alhaja, te la has *cargao*.

—Me está *dando el te* con los celos, ya lo ves tú. Pero ¿de qué se ha *figurao* que me va a hipotecar? ¿La he *jurao* yo fidelidad como en las películas?

—Es que está loquita por tu cuerpo.

—No es ella sola. Que esta *rubiales* que

va a venir ahora está cameladita hasta las entrañas.

—*La Trini* es una buena mujer.

—Guapa, sí es, no hay que negarlo; pero se pone muy patosa con las broncas y con los achares. Ahora, me gusta más la rubia.

—Pero querer..., ¡vamos!, creo yo que tú no le tienes ley a ninguna.

—¡Ay, que gracia! ¡Entonces sufriría yo por ellas! A mí me gustan las mujeres más que el fumar, pero me gustan todas. Una sola *gachí* es como si te echasen la perpetua. Un hombre se enamora de una *gachí,* y se va encelando mientras no la consigue. Pero después de dormir juntos una semana, a *otra cosa, mariposa.*

—¿Y qué clase de mujer es la rubia? A mí me han dicho que es una golfa de postín.

—No es *por ahí.* Esta es una mujer decente, que está casada por la Iglesia; no te figures que es una *furcia* cualquiera.

Una mano femenina golpeó en los cristales. Por el lado de la calle sonreía un rostro de mujer irradiando simpatía, jubilosos los ojos como los de una colegiala traviesa.

—Aquí está. Te presentaré, y en seguida *ahuecas*. Ni media palabrita más.

La rubia entró en el café, y con ella una oleada de perfumes y de alegría.

—Mi amiga Soledad, de quien tanto te he hablado.

Ella saludó gentilmente y se sentó junto al *Marquesito*.

—¿Le habrá dicho Rafael que soy una loca que le quiere más de lo que él se merece?

Y tomándole una mano entre las suyas, como entre juego y caricia, le contemplaba con arrobo.

—Me ha dicho que era usted la mujer más bonita de Madrid... Y, al verla a usted, el elogio me parece mezquino.

El estudiante se despidió. Sin saber por qué, aquella muchacha le había puesto triste.

—¡Qué fina y qué bella es! Pero todas las mujeres están de remate... ¿Por qué se habrá enamorado del *Marquesito,* que es un chulo de mujeres profesionales? Hay algo en ellas que las empuja a lo más peligroso y a lo más vil, como si su alma tuviese una plomada que las obligase a bajar hasta lo más abyecto. A un hombre de honor, a un hombre inteligente puede que no le hiciera caso. Todas están enamoradas del tipo clásico de



El Burlador, porque, en resumen, ¿qué fué Don Juan Tenorio más que un chulo?

Mirandón era feo y romántico. A Mirandón no le había querido ninguna mujer, y el espectáculo del amor ajeno desataba en su alma un rabioso sentimentalismo que le hubiera hecho llorar de no haber sido filósofo. En aquel momento odiaba al género femenino con una amarga violencia digna del viejo sifilítico Schopenhauer.

VIII

—¿Por qué no me has aguardado en tu casa?

Soledad cesó de reír, y sus ojos brillaron como si restañasen lágrimas.

—Porque anoche volvió mi marido.

Rafael, sin emocionarse, preguntó:

—¿Tú crees que está *escamao?*

Ella exclamó solemnemente:

—¡Está seguro de que le engaño contigo! Alguien se lo ha escrito, y yo me figuro que ha sido esa mujer.

—*¿La Trini?*

—Sí. Toma este anónimo; tú debes conocer el estilo.

Rafael leyó: "Mientras usted está fuera, el *cacho pendón* de su mujer le pone los cuernos en público, que es usted la *irrisión* de todo Madrid, lo *qual* que es una golfada, por-

que usted es un caballero muy decente y la Soledad está harta de *hacer hombres,* y ahora está *enchulá* con Rafael, *el Marquesito,* que es un *viva la Virgen,* que vive de las mujeres. Se lo *azvierte* para que la vigile.—*Un amigo.*"

Rafael murmuró:

—Sí que parece de ella. Lo que no comprendo es quién la habrá *enterao.*

La rubia rompió a llorar:

—Todo me lo he jugado por ti. Yo no soy una de esas golfas con las que tú andas: yo tengo mucho que perder... Ahora quiero que me digas una cosa. Si mi marido me da un golpe y me echa a la calle, ¿puedo contar contigo? ¡Porque yo a ti no te dejo mientras me quede una gota de sangre...!

En aquel instante se abrió la puerta de cristales, y Soledad se estremeció. Era otra pareja de novios que entraba.

—Tengo miedo de que nos cojan. Vámonos de aquí.

Rafael se irguió.

—Como tú quieras; pero estando conmigo no hay quien te toque a ti el pelo de la ropa. ¡Por mi libertad te lo juro!

—Llévame a un sitio donde estemos solos.

Tomaron un coche. El auriga comenzó a gruñir. Los cocheros madrileños tienen un alto sentido de su dignidad profesional, y se niegan a llevar parejitas amorosas.

—Vamos, tira ya, pelanas, y no gruñas más—dijo Rafael.

—Por una carrera, ¿eh? Que yo soy demasiado castizo, y no me pone el gorro ni San Serenín del Monte.

Echó a andar el desvencijado cajón con ruedas. El cochero volvía la cabeza de vez en cuando para sorprenderlos en sus intimidades y poder armar la bronca, porque estaba decidido a que su armatoste charolado fuese el tabernáculo de la moral burguesa. Al señor Froilán, el automedonte, le había dado la borrachera por ahí aquella tarde.

Llegaron a la guarida amorosa, escondrijo discreto, cuya regenta, *Juana, la del sereno,* le conocía y hasta tenía por él un capricho que el orgulloso *macarra* no estaba dispuesto a satisfacer.

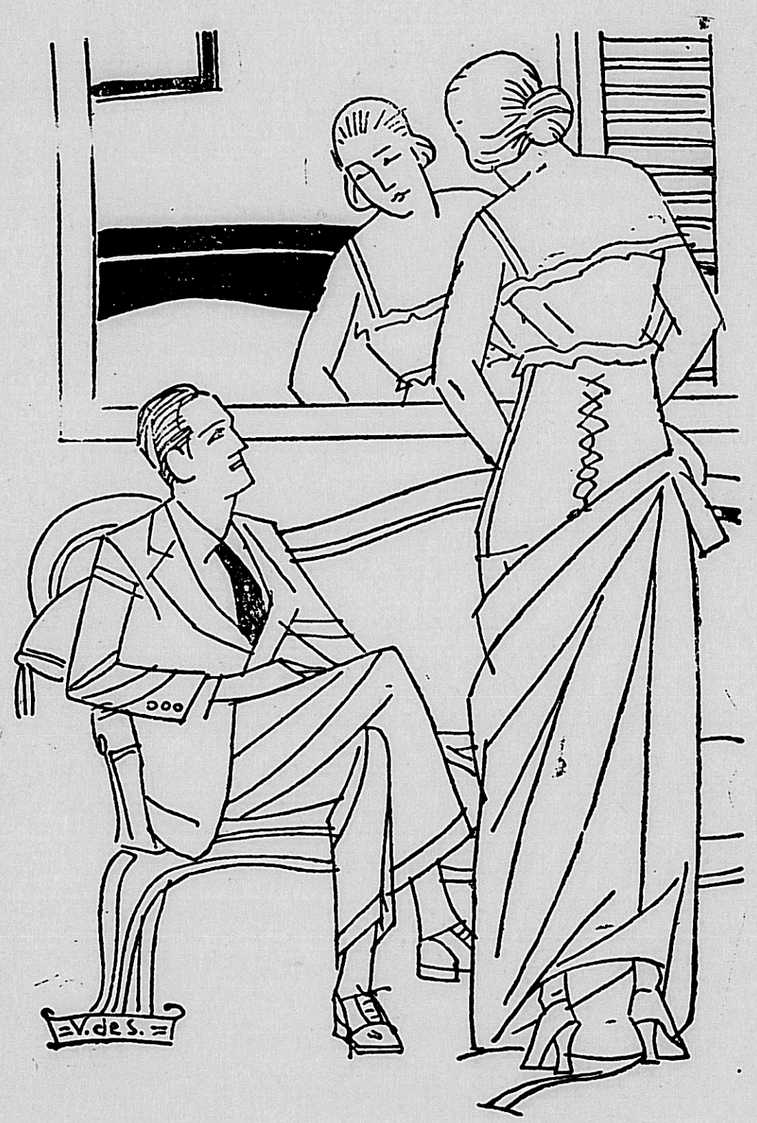
—¿Nos habrán seguido?—murmuró Soledad.

Quedaron encerrados en una alcoba, adornada con un lujo chillón, con excesivos cortinajes y demasiados espejos, cuya misión era

reflejar y multiplicar las figuras desnudas, prestando nuevos incentivos al deseo. Estas estancias tienen algo de celda carcelaria, porque la celestina cierra con llave la puertecilla, y por el balcón es imposible huír, porque está protegido por una cadena y un candado. Los adúlteros y las parejitas de *novios decentes* tienen la sensación de que están cogidos en una ratonera.

—Si viniera él, ¿por dónde nos escaparíamos?—éste es el primer pensamiento de todas las que entran.

Soledad estaba muy nerviosa. Rafael comenzó a desnudarla. Aquella tarde la deseaba más intensamente desde que sabía que *de verdad* era una mujer casada. Diríase que el *perfume de la virtud* era un poderoso incitante para el chulo, acostumbrado a las goltas, cuyo principal atractivo consistía en que daban dinero. En su gran galería de conquistas figuraba toda la variedad cocotesca. ¡Las honraditas debían de ser una cosa deliciosa! El instinto de violador, de profanador de los conquistadores, le hacía más sabrosa la posesión de la mujer casada; era ese sentimiento turbio que hace exclamar a muchos galanes complicados en amores adúlteros:



—Mi querida no es muy guapa, pero tiene el encanto de ser la mujer de un compañero de oficina...

Cuando Soledad *casi se le declaró,* una noche, en Maxim's, aunque le dijo que era casada, él no lo creyó, y la tomó por una golfa de *postín* que quería dar a la aventura un atractivo novelesco.

Como mujer le gustaba más que ninguna. Rubia *auténtica,* su mata de pelo, gruesa, de color de hoja seca, le llegaba al borde de la falda. Los ojos, grandes y azules, iluminaban el rostro con una alegre ingenuidad infantil, que contrastaba con el cuerpo ondulante, excesivo de pechos y de flancos. Juntaba la gracia de la adolescencia y el sabor picante de las matronas. Parecía una tobillera de precoz desarrollo, turgente y virginal al mismo tiempo; el tipo sensual más irresistible, el hechizo que ha hecho emperatriz de la galantería a la señorita *Chelito,* que, con su carita ingenua y sus dos grandes pechos de marfil, ha sabido hacer eterna la juventud y ha pasado por la vida de muchos hombres como un huracán de pasión.

Se acostaron. *El Marquesito,* acariciándola mucho, inquirió:

—Anda, dime quién es tu marido...

Con sorprendente inconsciencia de mujer, Soledad comenzó un ardiente elogio del engañado, mientras desfallecía de placer con las caricias de su amante.

—Es un hombre de honor, es un hombre bueno que me quiere con toda su alma, que se deja su sangre y su cerebro en el trabajo diario para que yo pueda triunfar y vivir como una reina.

—¿Y qué es él?

—Químico industrial. Tiene mucho talento y gana todo lo que quiere. Todo su afán es que yo viva bien, que nuestro hijo sea un hombre excepcional, porque no te había dicho que tengo un *bebé* de cinco añitos que es un encanto.

El Marquesito, rabioso por aquellos elogios del marido, exclamó:

—Pues si tienes un hombre de mérito, ¿por qué te vas a la cama con otros?

—¡Con otros, no; contigo nada más!—gritó Soledad—. ¡Porque no sé lo que me has dado, que sé que tiro mi vida por la ventana, y prefiero la deshonra y la miseria con tal de que no me falten tus besos!—Y abrazán-

dole, le puso un turbión de caricias sobre los ojos.

—¡Sé que soy mala, sé que no soy digna de él..., pero hay algo en mi alma que me obliga a descender hasta ti, como una plomada moral que me hunde hasta desearte, hasta prostituirme contigo en una cama de burdel! ¿Acaso será que yo tengo alma de golfa?

—¡Como casi todas las *gachís!*—dijo cínicamente Rafael.

Soledad, frenética, continuó macerándole con su boca fresca y alegre de colegiala.

—¡Sí, soy una golfa, un pendón; le olvido a él, olvido a mi pobre hijo, pero soy tan feliz cuando me posees! He venido a ti, rabiando de deseo, porque eres un chulo de mujeres, porque eres guapo, porque tienes cartel..., porque debes saber todos los secretos del amor, que son una gloria de placer y un abismo de abyección...—En su gran hiperestesia se reía como una loca.—Enviléceme con tus caricias, hazme tuya hasta que se me pare el corazón, hasta que me estalle la médula y me quede muertecita entre tus brazos, con los labios pegados a los tuyos, guardando hasta debajo de la tierra el sabor de tu último beso.

¡Rafaelillo, mi alma: bésame tú, haz de mi cuerpo lo que quieras, porque soy tu esclava; pégame, insúltame; todo lo sacrifico por ti! Si quieres mi sangre y mi honra, para ti son, pero abrázame, sacia esta locura que tengo por ti, que se me va la vida entre tus brazos... ¡Así, mi vida, gitano mío, así!

El Marquesito, como un ídolo, recogía la plegaria de amor de su querida.

—¡Tú eres mi hembra, la única que yo quiero!—gritó en un alarido triunfal de lujuria.

La moral burguesa aconseja al novelista que debe detenerse en este instante y poner unos elocuentes puntos suspensivos; pero ¡el espectáculo de la pasión es tan atrayente!... Creemos que el amor erótico, tan viejo como el mundo, sobrevivirá a todos los moralistas —personas de edad provecta, generalmente—. ¡La moral es el sarampión de los viejos! Pero por una razón de ética huiremos de la pornografía, delimitación de buen gusto, que en literatura se consigue con el estilo.

No oigamos, pues, el alarido de Tartufo, y continuemos el epitalamio del *Marquesito,* fino y sensual como un árabe, y de la espléndida caprichosa, carne hermosa de amor,

triunfador instinto violador de todos los preceptos morales, para el cual la virtud sólo consiste en una anestesia de los órganos de la única felicidad humana, compensadora de todas las angustias de la vida y de la muerte, rito supremo por el que el misterio de la creación se produce, misterioso Job, de los cabalistas.

El primer impulso sensual hace que las parejas se amen normalmente. Pero ¿y después, cuando la imaginación continúa empurpurada por los incendios inextinguibles? En Rafael revivía el fauno clásico, y Soledad sentía el fuego de las ciudades arrasadas por la cólera bíblica. ¡Oh, el placer de macerar, de prostituír, de iniciar a la mujer honrada en todas las perversidades en que el placer se intensifica con la pimienta del pecado! Es el mismo Cornudo quien pone en las entrañas de las mujeres y en la mente de los hombres ese ardor terrible, que es un tizón del Infierno, el que aconseja a Gilles de Rais, a Sade y—en descenso monstruoso al *Chato del Escorial*—el que sopló al oído de Mesalina y de Lucrecia Borgia; la musa de los estupros, de los amores sodomitas, de los adulterios, de los incestos y de los deseos sacrí-

legos y necrofílicos. Es la locura del sexo que, gradualmente, asciende hasta estallar en una fulgurante apoteosis demoníaca, cuando el deseo enloquece el alma y la carne se retuerce poseída por todas las larvas de la lujuria.

Soledad y Rafael se gozaban sin límite, como si quisieran expirar juntos en el éxtasis de una cópula. Habían llegado a ese punto en que la muerte está volando, con fúnebre zumbido, sobre el amor.

Formaban un quimérico centauro, en que jinete y cabalgadura se trocaban, según los empujones del deseo. Era *bordar el tema* con toda la sabiduría del maestro en amor y la docilidad ardiente y complacida de la neófita. Los ritos más obscenos y delirantes se cumplieron: habían revivido los secretos de la antigüedad. El cuerpo de Soledad, como un prodigioso jardín erótico, sintió todas sus rosas holladas por las pezuñas de los sátiros; las rosas del altar de Urania, santuario de las vírgenes, rosa de donde fluye el manantial del deleite supremo, y la otra negra flor de los nocturnos turbios de los Césares, con alma de ramera; la flor turbulenta y maldita de las monstruosas criaturas, cuyo cuerpo

entero es una pila de electricidades fulminantes, los pálidos andróginos, que, desde la Roma de Julio César, se deslizan por la Historia, grotesca evocación de Sodoma, hasta nuestro siglo, podrido por todas las lujurias. Mutuas abrevaciones del ardiente licor, inauditas pantomimas en el cinematógrafo de la lascivia. Todas las evocaciones afrentosas y amables pasaron en dos horas por el telón de aquella alcoba de la casa discreta.

Casi anochecido se levantaron.

—Y ahora, ¿cómo me presento yo ante él?—dijo Soledad, sintiendo la exquisita turbación del remordimiento.

—Si tanto te duele, ¿por qué le engañas?—dijo Rafael.

—Porque, aunque es bueno y leal, no es un hombre para mí. ¡Yo necesito un canalla, como tú!

—¿Pero tú crees que ese *julay* no se resignará?

—¡No! Me echará de su lado o me matará. ¡No me dejará ver más a mi hijo! Pero ¡yo tampoco puedo prescindir de tus caricias! ¡Soy una golfa, ya lo sé! Pero tú no me abandonarás nunca, ¿verdad?

IX

¡La mujer casada! ¡La *gachí* era más pendón que todas las que él había conocido en su vida de sultán de prostíbulo! ¡Vaya temperamento el de la rubita! Tenía razón: había nacido para eso; como otras *pasmás* que desde niñas habían caído en el burdel, eran ángeles del hogar *malograos*.

Poco importaba el medio social ni la educación. Soledad, *señorita* bien educada, hija de un general, que había estado en colegios *bien*, en liceos y pensiones religiosas, lejos de todo contagio pecaminoso, era más golfa que *la Trini*, que la Acacia y que Hortensia, *la bien vestida*. ¡Tenía sangre de eso! Ante el turbión del instinto, ¿qué iba a hacer ella?

Y por eso le gustaba al *Marquesito*, hombre de serrallo o de mancebía, que es el harén de las sociedades cristianas. ¡Con nin-

guna había gozado como con la mujer decente! La tenía que echar de menos siempre, cuando se acostase con otras. Y ¿por qué no *darle la patada* a *la Trini* y largarse con la rubia donde la vida les empujase? Hasta la quería ya... a su manera, con toda su carne, ya que el Burlador no podía querer nunca con toda su alma, porque entonces dejaría de ser un conquistador, para trocarse en un pobre amante sentimental.

Pero ¿y la *rica tela? La Trini* le tenía como un marqués. Estaba coladita hasta las entrañas por su persona pinturera. Y del aire no se vive, y a él la pobreza le *daba asco,* que ya le vió las orejas al lobo cuando se fué de su casa y anduvo de *golfante.*

—Cuando un hombre quiere a una mujer trabaja *pa* ella—y esta idea extravagante le hizo reír a carcajadas—. Pues sí que *tie* gracia la cosa. ¡Si siquiera fuese un *sañero* de bandera! ¡Qué trabajen los burros! Pues no me pongo yo poco romántico. ¡Es que la tardecita ha sido para dejarle neurasténico al caballo de la plaza de Oriente! ¡Si la rubia pudiera *tomar el piro* con la cartera del *julay,* entonces todo marcharía como las propias rosas!

Entretenido en estos edificantes pensamientos, iba caminando *el Marquesito* hacia la casa alegre de la calle de Pizarro. Cuando llegó vió un grupo de gente ante la puerta rodeando un negro carromato, siniestramente conocido con el nombre de *La Tertulia,* porque siempre lleva más de uno...

—¡Anda, mi madre! Si es el furgón. ¿Qué habrá *pasao* aquí?

Subió en dos saltos la escalera. La Amparo le abrió la puerta.

—*Na, chico,* que ha venido el tío *hueso* de don Adolfito *a darnos el te*...

Las chicas estaban acurrucadas en los rincones, medrosas como bestezuelas ante una fuerza superior de la Naturaleza. En el comedor le esperaba *la Trini.*

—¡Ay, chiquillo mío! ¡Qué rato estamos pasando! ¡Estaba pidiendo a la Virgen de la Paloma que vinieras!

—Pero ¿en qué *mal fregao* os habéis metido?

—Que te lo cuente *la Cordobesa,* que ella es la que la va a pasar negras en el Juzgado.

—¿Quién? ¿Yo? *¡Nanay!* ¿Iba yo a buscar al tío viejo?... ¿Qué culpa tengo yo de que él ya no pudiera con su alma?

Aquella tarde había llegado don Adolfito tan apocado, tan medroso como siempre, pero parecía un poco más contento.

—He cogido un dinero extraordinario y vengo a celebrarlo contigo—le dijo a la Amparo—. Ya sabes lo que me gustas, que soy un buen amigo tuyo desde hace varios años. Toma diez duros para un abanico.

Traía un envoltorio con fiambres y pasteles, y mandó a la Remedios por unas botellas para obsequiarlas a todas.

—Sentados en el diván estuvimos merendando. "Anda, desnúdate—me dijo—. Me gusta mucho verte desnuda, porque eres muy guapa. ¡Ah, si yo tuviera diez años menos!" Ilusiones del pobre, porque ya era más viejo que la Cuesta de la Vega. Pero esta tarde estaba más sobón que nunca—tenía dos vasos de más—. Pues, *na, que hace así,* y, lo de siempre, mucho besuqueo y mucha babosería, hasta que llegó a lo suyo..., ya sabes. De rodillas ante mí, me abrazaba las piernas, y el tío se ponía loco besándome los zapatos. Pero de repente, yo vi que se tambaleaba y se le ponían los ojos encarnados, y antes que te lo cuento, se cae a mis pies como una pelota. Al principio, me creí que era de la misma curda;



le eché un poco de agua por la cabeza, y llamé a éstas. *¡Que si quieres arroz,* chiquillo; que el viejales se me había quedao frío en la suerte!

—Ha venido el Juzgado y quería llevarnos presas a todas, y menos mal que el forense ha dicho que el pobre la había *diñao* de una congestión.

El Marquesito quiso ver el cadáver. En la alcoba de *la Cordobesa,* a los pies de la cama, estaba el cuerpo del viejecito lividinoso. Parecía un muñeco destrozado por un chiquillo travieso. De bruces contra el suelo y abiertos los ojos vidriados, que aun conservaban una expresión de terror, y las manos engarfiadas en el nudo de la corbata, como si quisiera deshacer un invisible nudo corredizo que le estrangulase. Tenía la boca torcida, y las cuencas de los ojos, desorbitadas. Era una carátula amoratada y espantosa. Al caer se había hecho una herida en la frente, y un cuajarón de sangre obscura le manchaba el rostro y teñía el bigotejo blanco y recortado. ¡El, que temía tanto *al que dirán,* que entraba agachando la cabeza, iba a salir *en coche,* ante todo el barrio, que aguardaba para verle!

—Ha ido un guardia a avisar a la familia;

dicen que tiene hijas ya casadas... ¡Pobre viejo! ¿Quién le mandaría meterse en estos embrollos, con más años que Matusalén?

Este fué el epitafio del pobre don Adolfito.

Todas se salieron del cuarto, con el miedo supersticioso de las rameras ante la muerte.

—¡A ver si suben pronto por él!

—¡Esta noche no duermo yo en esta alcoba aunque me den el Banco de España!; ¡me va a parecer que le estoy viendo! Y sus diez duros no los quiero tampoco: me darían la negra!...—exclamó Amparo.

—¡Ay, chica! ¡Pues dámelos a mí!—dijo riendo la Acacia, que era la más bruta de la gentil cofradía.

La Trini estaba preocupada.

—¡A ver si con esta historia la Curia se empeña en cerrarme la casa! ¡Lo que tendría pero que muy malita sombra!

Todas estaban nerviosas, inquietas con la cercanía del muerto; había en la casa un ambiente alucinante. Parecía que flotaba un algo impalpable y miedoso, mezclado a los perfumes fuertes, a la carnal emanación de mujer que de ordinario llenaba las habitaciones.

La Trini se acurrucó sobre el pecho del *Marquesito,* y tan conturbada estaba por el

macabro suceso, que no advirtió que las ropas de su amante olían a un perfume de mujer que no era el suyo.

Todas las vecindonas fisgaban desde las puertas y los balcones, runruneaban palabras confusas y señalaban a la casa alegre de las persianas verdes y las ventanas desbordantes de macetas, con una saña sorda, dando la sensación de que en ella se hubiera cometido un crimen. No se daban exacta cuenta, y la fantasía de las porteras se desbordaba. Oíanse jirones del diálogo de las comadres, en chanclas y mal pergeñadas y con las greñas al viento, que clavaban sus ojos iracundos en la casa de las bribonas... El negro furgón aguardaba aún en la puerta, como una acusación contra ellas.

X

Entre nueve y diez de la noche iban llegando las señoritas *de fuera, a hacer comedor,* en espera de que recalasen los amigos de la casa, *gente bien* a la que no le duele hacer polvo cinco billetes en una juerga.

Las había para todos los gustos. Estas golfas vergonzantes y transeuntes miraban a las del hostal con altivez, queriendo establecer categorías. Ellas no eran unas rameras *pregonadas;* ellas tenían sus padres o sus amantes, y algunas, sus esposos. *Hacían señores* para ayudarse... Fanny, una jamona muy redicha y muy pintada, estaba casada con un pianista de café. Su orgullo y su atractivo eran unas caderas enormes y un reverso como la cúpula de una catedral. Muchos hombres se iban tras ella por la calle, aguzando el morro, hipnotizados por tan sabroso

desbordamiento de la naturaleza femenina. Ganaba mucho dinero, que compartía con su tierno esposo.

Elvira, una sevillana larguirucha, de cara bonita, estaba también casada, *como Dios manda,* con un gañán andaluz, de cabezota redonda y tórax de luchador y entrecejo de autor de crímenes espeluznantes. *Currillo, el de los ojos gachones,* era picador de novillos y, en el fondo, la criatura más dulce y transigente. Acompañaba todas las noches a su Elvira, y mientras ella alternaba con los señoritos, a él le daba *lacha* y se quedaba en el *tupi* de al lado, sentado a la puerta, runruneando las coplas más estúpidas de la lírica flamenca:

Si no quieres *trabajá,*
anda y dile a tu padrino
que te *jaga munisipal.*

Cuando tenía dinero jugaba al *giley* con los contertulios. *Currillo* solía arbitrar algunas pesetillas con el juego porque, aunque sin habilidad, daba el *piro* o *la boca, trabajaba la vizcaína* y marcaba los ases o hacía *el paquete;* destrezas de flor que acaso sean las mismas de los buenos tiempos de la gloriosa bri-

ba quevedesca. Así se solazaba y estaba a la mira por si algún patoso la faltaba a su desgalichadilla cónyuge.

Julita, *la Pantalonera;* Lola Calderón—una señorita pendón que *toreaba* para comprarse perifollos—; Mercedes, *la Vallecana,* una chulona estupenda, y algunas otras formaban la tertulia de *Trini, la de las sortijas.*

La salita era íntima y coquetona, con sillería completa tapizada de azul, jugueteros con *bibelots* y muchas oleografías de santos en las paredes, junto a una ampliación de *la Trini,* con mantón de Manila. Infinidad de pitos del Santo y chulas de papel rizado evocaban lejanas verbenas. Un gran piano abierto lucía su dentadura colosal en un rincón. Y en el ambiente, un denso, un mareante perfume de muchas mujeres reunidas.

Las mozas y los amigos charlaban. Mirandón, admirador incondicional del chulo, casi era huésped de la casa. Hacía diez años que le faltaban dos asignaturas para ser médico, pero sus aficiones iban hacia la literatura. Se enamoraba en serio de todas las muchachas que pasaban por el meretricio, y las hablaba, en un tono sentimental, de redimirlas de su vida airada. Ninguna le hacía caso, porque no

tenía dos gordas y porque sus generosos propósitos redencionistas frustrábanse al verle la indecente y granujienta nariz que ostentaba. El pobre era infeliz porque ni aquellas rameras, *letrinas sociales*—había leído a los Santos Padres—, tomaban en cuenta sus sentimientos. ¡Lo que él hubiera dado por ser *un buen tipo de hombre,* por ser un chulo de golfas, como su amigo!

La Trini comentaba con grandes aspavientos una extraña visita que habían tenido aquella tarde.

—Os digo que es un arrapiezo que aun no ha cumplido los catorce. Es una chavalilla *esmirriá,* medio muerta de hambre, que vive ahí, en el veintidós. Pues, nada, que a la criatura le tira la vida alegre y que quería que yo la admitiera aquí. No, rica—la dije yo—, que no quiero buscarme un *marrón* por corrupción de menores, y la puse en la calle.

—¡Qué precocidad de niña!

—Lo que pasa es que vive con una madrastra que agarra siete *tablones* por semana, que la sacude *ca* palizón que la monda, y la pobrecilla está *tirá* en el arroyo, con un trapo atrás y otro *alante,* y no ve un filete ni con telescopio. "Yo quiero ir bien vestida,

como esas, y llevar chapiri—me suplicaba—. Soy muy jovencita y puedo aprender. Admítame usted, que Dios se lo pagará." No puedo, rica—la dije yo—. Vuelve dentro de tres o cuatro años, por lo menos, y por fin se fué llorando como una Magdalena.

—No hay que preguntar lo que va a ser ese angelito—dijo Mirandón en tono de zumba.

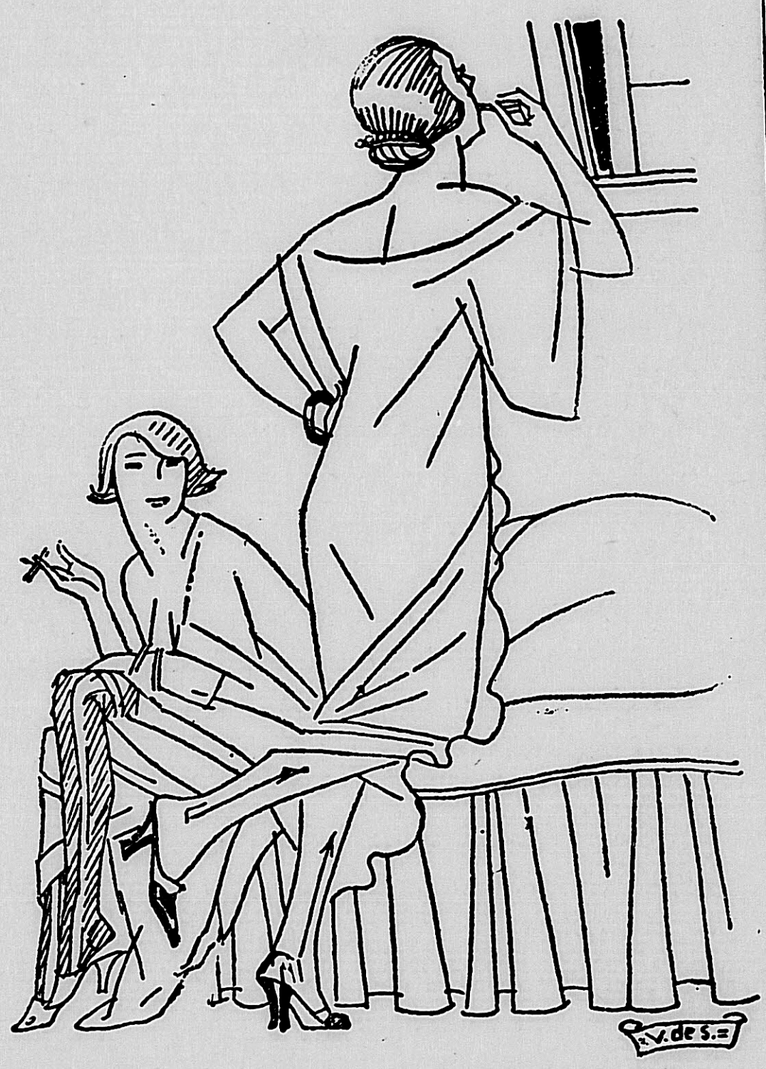
—¿Y qué?—gritó la Acacia—. Mejor es tirarse a la vida que no morirse de hambre y de asco. Yo vine de mi pueblo a servir, ¿sabes tú?, y aun me pone loca pensar en los dos años que pasé junto al fogón, comiendo de las sobras, sin tener que ponerme y aguantando los malos humores de la señora... ¡La madre que la echó, chiquillo, qué tía más perra! Hasta que me salió un novio, y me fuí con él, y luego con otros, y unas amigas me llevaron a una juerga, y aquí me tienes, que no me arrepiento. Vivo mejor, soy libre, estoy bien *fardá* y le *saco un riñón,* si se deja, al primer *cabrito* que me encuentro, porque a los tíos no los puedo ver ni en pintura.

—Pues cuando te *lanzaste,* ya te *gustaría el movimiento*—dijo *la Monja.*

—Eso, tú, que eres una gata salida. A mí

me gustaba ser libre, que no me mandase nadie, e ir bien vestida. Hasta de nombre he mejorado. Entonces era la Ramona; ahora me llamo *la señorita* Acacia... ¡Vaya postín!—y acercándose al espejo recompuso sus patillas rizadas y se pasó la barra de carmín por los labios.

El caso de la Acacia era el de casi todas las pelanduscas. La prostituta es un producto del lujo de las grandes ciudades, complicado con la coquetería y la ligereza de las mujeres. ¡Es tan fácil triunfar de la miseria cuando se tiene una cara bonita! Las criadas, la última esclavitud aun no abolida, dan el salto peligroso desde el fogón a la alcoba del meretricio. Y casi siempre tienen razón. Es el hechizo de la libertad y del placer, ayudados por el Mefistófeles que se lleva la primera flor... Hay otra clase más elevada, de camareras, tanguistas y cocotas, que surge de los talleres y de los infiernos de dolor y de pobreza de la mesocracia. Estas suelen tener su historia sentimental. Seducidas y abandonadas, obligadas a huír de su ambiente por la feroz moralidad de piso tercero, caen en la galantería. Más inteligentes, más sensibles, muchas pueden rehacer su vida, sacadas a la



superficie social por el amor de un hombre, y otras, por su suerte o por su belleza, recorren triunfalmente la cumbre de la vida fácil, suntuosa y alegre.

Ya eran cerca de las dos, y como no había venido ningún amigo, *la Trini* decidió levantar la sesión.

—Oye, Rafael: pide un "auto" de esos de la raya azul y llévame a la Cuesta. La que quiera venir que venga, que mi Rafaelillo tiene siempre dos billetes para convidarnos a todas.

El *macarra* sonrió a aquella halagadora jactancia.

La señora Remedios, la vieja, salió renqueando a la busca del automóvil. Elvira, Fanny y otras se fueron también. Amparo, Lola y Mercedes, *la Vallecana,* acompañarían a *Trini,* orgullosa de ir con su querido, como una reina entre su cortejo de hermosas azafatas.

En un momento que se quedaron solos, *la Monja* se acercó a Rafael y le susurró sigilosamente:

—La han enterao a *Trini* de quién es esa rubia con quien andas; han escrito a su hombre, y la están armando una que va a ser so-

nada. La vieja ésa, la Remedios, es la que os sigue los pasos.

El Marquesito la estrechó la mano con gratitud.

—Gracias, vida.

La Monja, comiéndosele con los ojos, suplicó:

—Dame un beso.

El Marquesito, cogiéndola la cabeza, la besó largamente en los labios. La chiquilla cerraba los ojos, como si desfalleciera en la ilusión de los primeros besos. Se oía cantar a *la Trini* en el tocador, mientras se arreglaba.

—A ver si nos cogen—dijo *la Monja,* extasiándose en el abrazo del chulo.

De repente, como si la abortase la penumbra, de puntillas, llegó la Acacia hasta ellos. No tuvieron tiempo de separarse. Los ojos de la moza fulguraban de odio.

—Ahora ya no podrás negármelo, asquerosa—y la zarandeaba por un brazo.

El Marquesito las separó.

—¡Anda, ésta! Pero ¿qué es lo que te figuras?

La Acacia replicó con sorna:

—¿Yo? Pues lo que han visto mis ojos: que os estabais dando el pico.

—¿Es que te ha *dao* envidia, morucha?

La golfa le midió de arriba a abajo con un gesto de desprecio.

—¿Quién? ¿Yo? ¡No vives tú poco *engañao!*

—¿No te gustaría que te brindara una corrida entera, *pa* ti sola?

Casi gritando, la Acacia le insultó:

—¿Un chulo indecente, como tú? A mí no me sirves ni *pa* lo que hacía don Adolfito.

Rafael sintió una bofetada en su orgullo de buen mozo.

—Pero, tiñosa, ¿de qué presumes tú?—y levantó el puño sobre el rostro desafiador, de guapo marimacho, de la Acacia. Pero *la Monja* intervino, conciliadora:

—No la hagas caso, Rafael. Es que está celosa de ti.

Un poco después la bocina del coche atronaba la calle solitaria, y cantando y riendo el fragante manojo de mujeres se apiñaba junto al *Marquesito,* pinturero y orgulloso, que alternaba sus miradas, de los ojos de las *gachís* a los brillantes de sus sortijas.

XI

Se quedaron la Acacia y *la Monja.* Desde el balcón despidieron a los juerguistas.

—¿Por qué no te has ido con él?

—Será porque no me ha dado la real gana... ¡A ver si vas a querer tú mandar en mí!...

Acacia la contempló intensamente, y después, dulcificando la voz, murmuró:

—No seas arisca, mujer. Es que se puede enterar *la Trini...*

—¡Allá penas!—y comenzó a canturrear en voz baja:

La vecina
del tercero
me mira con seriedad,
porque dice que yo tengo
con su marido amistad...

La compañera, enlazándola por la cintura, continuó con su tema:

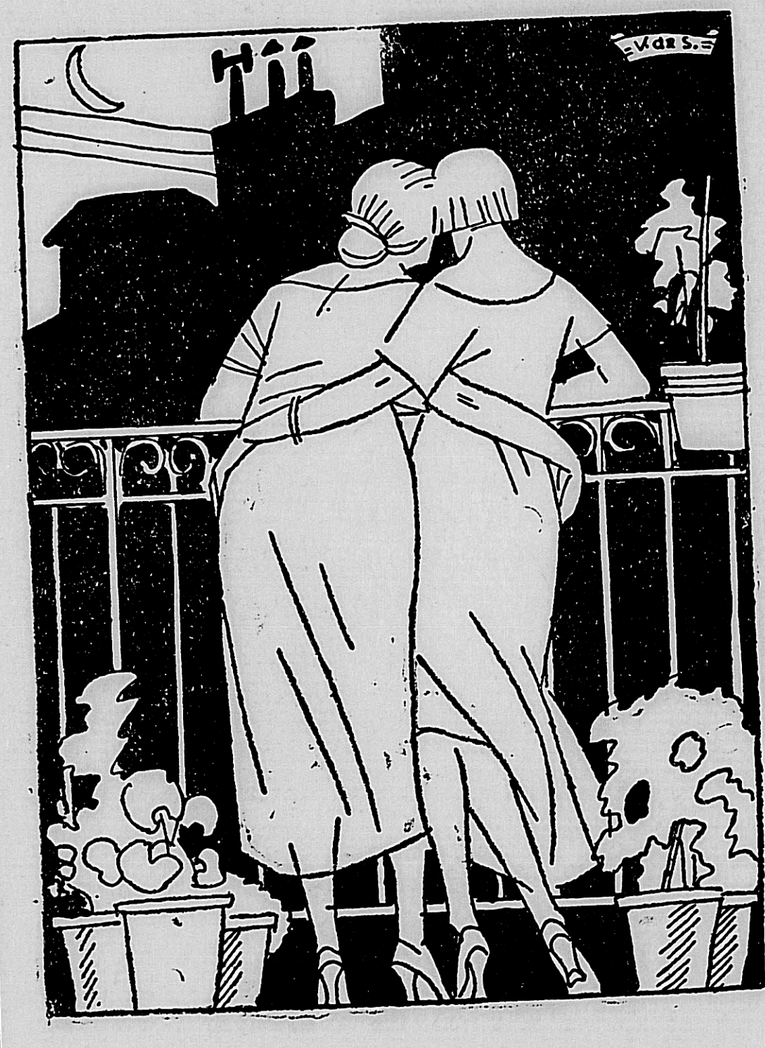
—Si no es que yo te prohiba que tengas un capricho...

—Esa ya es otra copla. Haber *empezao* por ahí—y volvió los ojos hacia ella, con gachonería. *La Monja* se proponía darle *achares* a la Acacia.

—Pero que no me lo ocultes y te vayas de parcheo por los rincones. Entonces te arrastraría, ¡por estas cruces!

—¿Por qué le tienes esa hincha al *Marquesito?*

—Porque es un hombre. ¡No los puedo ver! ¡Han *pasao* por mí tantos borrachos, tantos tíos bestias, en los siete meses que estuve haciendo la carrera! Ni una palabra bonita, ni una buena acción, regateándola a una como en la feria de ganados, y dándola un *mico* a lo mejor. El que me deshonró me dejó en mitad de la calle, sin tener qué llevarme a la boca; tuve que dormir en la plaza de España aquella noche. Y al día siguiente me hubiera *pasao* igual, si no me encuentro a uno, al que le parecí una buena jaca. ¡Por la cama, me fuí con él! Mira tú, y aun era decentita. ¡Como que no había estado más



que con mi novio! ¡Los hombres! ¡Vamos, que eso no *me coge* en la cabeza, como no sea por el interés de los *pápiros!*

Con la emoción de la confidencia, habían juntado las caras y se enlazaban por la cintura. Unos trasnochadores que pasaban las gritaron una alusión obscena. La Acacia se encrespó.

—Eso lo será tu madre, *cacho cabrito*...

La Monja la secundó con grandes risotadas, mientras ellos, devolviéndolas las injurias, se iban alejando lentamente.

—Anda, rico, que pareces una marica *desollá*. ¡Huy! ¡Huy! ¡Apio!...

La Acacia continuó:

—El único cariño que concibo es el de otra mujer; dos desgraciaditas que se juntan, que se quieren, que se consuelan... ¡A mí me parece lo más grande! Ya se sabe que hay otra persona que mira por una, *si sale la ficha* de ir al hospital..., o los *pelanas* de los vigilantes la meten a una *en el saco*. ¿Comprendes tú por qué me escuece que te me vayas con ningún *macarra?*

La Monja, que se había puesto romántica de repente, se juntaba a la otra, trenzando sus piernas con las suyas.

—Y que en nuestra vida hay que tener alguien que la quiera a una. Nosotras necesitamos del querer más que las decentes. ¡Cuando yo me muera, júrame que me harás entierro y que me cubrirás de flores la *caja,* y que irás a rezarme al camposanto!

La Acacia, besándola mucho, hundiendo los ojos en los de su amiguita, exclamó:

—¡Y si me muero yo antes, le mandas mi retrato a mi madre, si vive aún, que Dios lo quiera! Ya sabes: esa postal en que estoy con mantón de Manila.

Aquella fúnebre confidencia afirmaba más su intimidad. *La Monja,* sacando un papelito del pecho, exclamó:

—Para darte una prueba de que te quiero, voy a romper ahora mismo la última carta de mi novio *verdad,* el que está en Ocaña.

—Era carterista ese muchacho, ¿no?

—Pero más malo que *la tana;* siempre estaba en el *Palace Moncloa.* Ultimamente se hizo *rata* de hotel; le dió por coleccionar gabardinas.

—¿Y *tié pa* mucho tiempo?...

—*Pa* cuatro años. Pero no por cogerle en el *asunto.* Por atentado; por *atontao,* mejor dicho, a un guardia, que le arrancó un botón

del capote, y como ya estaba *fichao,* pues le *entrampillaron* por ahí...

Desdobló la carta amorosa. Era un pliegüecillo azul, taladradas las esquinas con pacientes arabescos, entre cuyas cortaduras se entrelazaban unas cintas de color de rosa; labor de paciencia con la que Felipe, *el Trueno,* distraía sus ocios presidiales.

Y, rompiendo la epístola en pedacitos, exclamó:

—Mira cómo se lleva el aire estos papeles; pues con ellos se va mi cariño hacia él.

La Acacia agradeció mucho aquella prueba de adhesión.

—Gracias, rica. Y perdona si antes me puse un poco patosa.

Y la ofreció sus labios. *La Monja* correspondió al beso, largo y muy suave, echando la cabeza hacia atrás, como había visto besar en las películas a la Bertini.

Los erguidos botones rosa de sus senos coincidían y se agitaban en una dulce ondulación de rumba lenta y cadenciosa. El vestido de *la Monja* se iba desprendiendo de los hombros, y brillaba su carne blanca, cruzada por la cinta rosa de la camisa.

Dieron las cuatro en el reloj de San Mar-

tín. El negro pozo nocturno se iba tiñendo de una vaga azulosidad.

—Acacia—murmuró en un suspiro voluptuoso, con las pupilas llameantes—, ya es muy tarde. ¿Quieres que nos acostemos?...

XII

La vida del *Marquesito* estaba entenebrecida por grandes turbonadas de celos. *La Trini* le mandaba seguir en cuanto salía a la calle, si no era ella misma la que se terciaba el mantón y se iba como una tarasca detrás de él.

—¡Chulo! ¡Sinvergüenza! ¡Que no tenías dónde caerte muerto cuando yo te recogí del arroyo!

La gente formaba corro, regocijada, y Rafael, *acharao,* terminaba por *tentarle la cara* a su querida, con la natural consecuencia de guardias, Comisaría y Juzgado municipal.

—Aunque tenga que empeñar el colchón para juicios de faltas, te voy a dar un escán-



dalo diario. ¡Por mis ojos, te lo juro! Y la rubia ésa, ¡vamos—gritaba puesta en jarras—, que ese pendón va a tener que llorar un rato largo!

Después de cada escandalera, en cuanto él la daba cuatro besos, se reconciliaban y ella le pedía perdón... hasta que otro enredo de la fisgona de Remedios o una *figuración* de ella volvían a promover la gresca.

—¡Que no ha nacido el hombre que me *haga de menos* con otra mujer! ¡Y *al manso* de tu querida le voy a poner banderillas de fuego, a ver si se arranca!

En cuanto una noche no iba a dormir, ya estaba *la Trini* como una loca, buscándole en todos los colmados, meretricios y lugares de juerga.

—¡Que los encuentre juntos, Virgencita mía—plañía en absurda plegaria—, para liarme a cortes con ella y pintarla un *enrejao* en la cara!

Pero lo que más la enfurecía es que él fuese a acostarse y no la hiciera caso. Toda su vanidad de mujer guapa se revelaba contra aquella frialdad incomprensible.

—¡Es que ya no le gusto!—Y lloraba toda

la noche junto al amante indiferente.—¡Habrá estado esta tarde con la otra!

¡Trini, la de las sortijas, la reina-chula, tirana de los hombres, princesa del capricho, que había encrespado tantas tormentas de deseo, lloraba porque ya no sabía mantener la ilusión de aquel *chavalillo cruel* y adorado! Se sentía vieja—¡treinta y cinco años eran muchos días en una mujer de su trapío!—. Y con aquella injuria a su orgullo de mujer galante, su pasión se arremolinaba en creciente deseo por *el Marquesito*. Ella estaba en esa hora de la vida femenina en que el placer reclama todos sus fueros, la edad de todas las locuras sensuales, en que hasta las honradas de toda la vida caen en el adulterio, plenitud del sexo, que arde con todas las llamas, como un sol que va a extinguirse.

Y con el infierno de los celos y las extrañas influencias que los ovarios, rabiosos de amor, ejercen sobre la mente frívola e histérica, *la Trini* iba enflaqueciendo, se le ponían unas ojeras negras sobre su cara de ámbar obscuro, y los ojos perdían aquel fulgor de irresistible atracción carnal.

—¡Si estoy hecha una facha!—gritaba, ra-

biosa, mirándose al espejo, la única y tremenda verdad entre todas las mentiras con que ilusionan su vida las mujeres. Y la chula más postinera, la golfa-emperatriz, sentía el inenarrable dolor femenino de envejecer.

XIII

Comprendía que la rival era más joven, que era *una jaca estupenda,* y por eso la odiaba más.

Todos los días llegaba un nuevo anónimo a manos de Carlos Montiel, el marido de la caprichosa Soledad, un plieguecillo con rayas azules, escrito con letra gruesa, con la más original ortografía y plagado de injurias y obscenidades de mancebía.

"Aun que heres un manso perdío, te azdbieto quea noche estubo con el y que van a casa de Juana la del sereno, santa ursula 2. Todos tus ami gos te señalan y saven que tu ijo es de todo Madri menos tullo.—Unamigo."

Aun despreciando aquellos indignos papeluchos, Carlos iba sintiendo que le taladraban el alma.

—¿Qué habré hecho yo para este dolor y esta vergüenza?

Soledad era el gran amor de su vida. La quería desde muy niña, y por ella trabajó con tesón hasta crear una fortunita, amasada con sangre y luz de su propio cerebro, para ofrecérsela.

Tuvo suerte. Su laboratorio de químico-industrial era un venero. Amaba su arte, y su esfuerzo se multiplicaba diariamente. Cuando creyó que tenía bastante dinero para que ella fuese feliz, se casó. Era un hombre de grandes amores profundos, dulce y grave de carácter, y cuya alma, entretenida con nobles pensamientos, sabía poco de cosas frívolas y de histrionismos sociales.

Diez años mayor que su mujer, deseaba una vida de paz y de serenidad: la felicidad tranquila, labrada por dos seres que se aman y se compenetran, con el mismo vuelo espiritual y con la red de ternura y de sacrificios de la vida cotidiana.

Amaba en Soledad su carita de colegiala, su magnífica trenza de oro y la escultura sensual de su cuerpo. Hasta que no estuvo casado no conoció su alma. Soledad era monstruosamente frívola, ardiente por su juven-

tud exuberante, incapaz de colaborar en la vida de un trabajador de la inteligencia. Se aburría un poco al lado de su marido: *era demasiado serio para ella.*

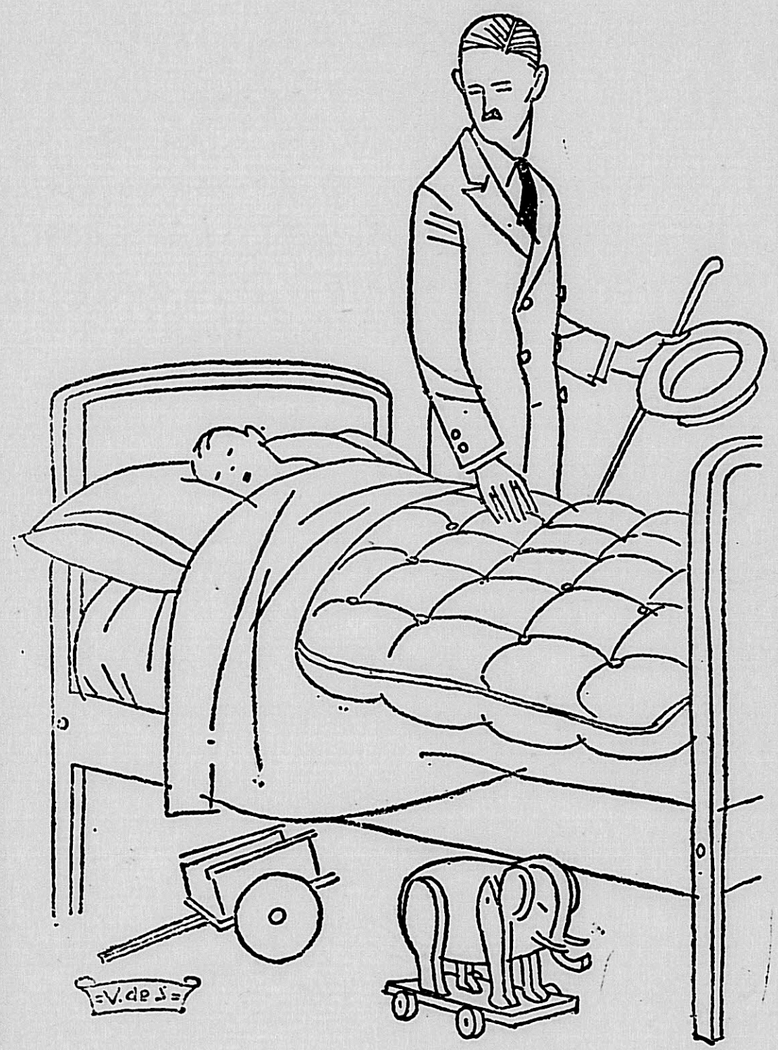
Candoroso, como todos los hombres, respecto a la mujer que aman, no supo comprender del todo el turbio tejido de lujurias, de caprichos y de abyecciones que componían su alma. ¡Sólo sabía ver los ojos claros y luminosos que habían alumbrado su espíritu en las horas de esfuerzo y de voluntad!

—¿Será verdad lo que dicen estos anónimos?—Sentía que caían sobre su hogar negros montones del fango de la calle; la gran obra de su vida era la befa de la canalla.—Y si aquel horror era cierto, ¿qué debía hacer él?

No sentía la herida en su nombre honrado. ¡Era su amor, no su honor, lo que le destruían!

—¡Pero si es imposible: tenía que ser peor que esas desventuradas que nos asaltan de noche en las calles obscuras!

Decidió averiguar. Bien claro se lo decían en el anónimo: Santa Ursula, dos, en casa de Juana, *la del sereno.*



—Esa gentuza lo contará todo por un puñado de duros.

Soledad se había marchado temprano. Miró el reloj.—¡Las seis!—Si no mentía el anónimo, su mujer estaría en aquel momento con otro hombre en el indecente tugurio.

Le dió un beso en la frente a su hijo y salió...

XIV

Dos horas antes la rubia y *el Marquesito* se reunieron en el café del Pilar. Los amantes se querían y se acariciaban en ese momento-cumbre en que la lujuria se disfraza de amor sentimental y es capaz hasta del sacrificio.

—¡Estoy muy triste, Rafael de mi vida! Me duele ser mala con él, pero tampoco puedo renunciar a ti. ¿Qué crees tú que debo hacer?

—Pues venirte conmigo y echar a rodar por el mundo hasta donde nuestro sino quiera llevarnos.

—¡Así me gusta que me hables, morucho mío!—y le acariciaba las manos y le besaba con los ojos.

Estaba más guapa que nunca, envuelta en un traje dorado de punto de seda que mode-

laba las turgencias de su cuerpo. Parecía una llama, ágil y ondulante, con el pelo rubio, los ojos irisados de fulgores y aquel diabólico vestido, que tenía áureos y metálicos reflejos.

Rafael la deseaba.

—Vamos... donde todas las tarde, ¿quieres?

Ella, que todas las noches soñaba con ser suya, entonces, sin saber por qué, rehusó.

—No, mejor es que demos un paseo en *auto,* muy lejos. Si no tienes dinero, no te importe: tengo yo.

Rafael, por primera vez en su vida, rechazó la oferta. El amor es capaz de hacer el milagro de que un chulo no tome dinero de su amante.

—No; vamos a acostarnos...; mejor es. ¡Tengo unos furiosos deseos de devorarte a besos!

La mujer cedió, pero una extraña melancolía acongojó su alma. En el coche se dejaba acariciar silenciosamente.

Ya en la alcoba de la guarida, la encontró lúgubre, inquietadora.

—¡Mira que poner un candado y una cadena en el balcón...! ¿Para qué hacen esto?

—Para que no se suiciden las *gachís* que se vuelven locas en brazos de sus novios.

—Esto es para que no se pueda una escapar cuando vengan a cogerla. Habrá habido muchos dramas en estos sitios, ¿verdad, Rafael?

—¡Vamos, chica, no te pongas fúnebre! Aquí viene la gente a quererse y nada más. Líos de hombres y mujeres.

Soledad se miraba en los espejos. Estaba pálida como el semblante de una estatua de alabastro. *El Marquesito* también se veía en el cristal, contoneando su cuerpo cimbreante bajo el terno *Príncipe de Gales* y moviendo los dedos, donde cabrilleaban las sortijas.

—Acuéstate.

—Déjame un momento. Siento algo extraño en este sitio, como si no hubiera venido nunca...

El chulo no comprendía su hiperestesiada sensibilidad.

—¡No te me vayas a poner histérica, preciosa!—murmuró, con esa cadencia larga, con esa prosopopeya despectiva y zumbona con que inconfundiblemente hablan los *castizos* madrileños.—¡A ver si va a poder ser que me hagas caso!

Ella entonces le besó.

—¡Ay! Tus caricias me consuelan; parece que me defienden de algo que no sé explicar, como si alejasen una cosa muy mala que anda cerca de mí...

Rafael la desnudó, codicioso de su belleza. Por unos minutos encantadores la rubia volvió a ser la hembra magnífica de sensualidad, y la violencia de las sensaciones, trayéndola a una fuerte realidad, la hizo olvidar sus pensamientos melancólicos.

Después del placer nos espía una tristeza honda, como el dolor del espíritu ante el libertinaje de la materia. Soledad rompió a llorar.

—¡Llévame contigo, gitano, que soy muy desgraciada; pero para siempre, hasta que seamos unos viejecitos, hasta que nos llame la tierra...!

¡Para siempre! El amor habla de la eternidad, sin pensar que todas las rosas se mustian y todas las mujeres envejecen. La eternidad debiera ser el instante de un beso que el sueño de la muerte hiciera infinito.

—¡Huir juntos! Eso es con lo que sueño. Pero ¡si no tenemos dinero!

—Yo tengo *mías* dos mil pesetas y bastantes alhajas...

—Eso no es nada, y yo le tengo miedo a la pobreza.

Ellas son más audaces, más generosas que nosotros. Soledad replicó con entusiasmo:

—Cuando se acaben, ya veremos. Podemos trabajar para vivir. Yo puedo dar lecciones de música...

El Marquesito, frívolo y egoísta, quería vivir bien, triunfar de la vida sin esfuerzo.

—Tu marido, ¿no dices que tiene dinero?—deslizó.

—Sí; gana mucho, trabaja demasiado el pobre...

—¿No le podrías *agarabar* una cantidad grande?

Ella se estremeció. En su locura, alguna vez pensó en aquella infamia. ¡Robar a su marido! ¡Aquello era demasiado vil, era saciarse en el corazón de aquel pobre hombre que tan noblemente y de modo tan distinto que *el Marquesito* la quería! Y lo horrible es que sabía ella que no tendría voluntad para negarse si el chulo se lo exigía.

Rafael la atraía como un abismo. Por ser negro, turbio y venenoso, ejercía tal fascina-

ción en su espíritu, que iba hacia el mal con una curiosidad irresistible, como un murciélago hacia la noche.

En una pausa de caricias, en el silencio de la alcoba, sonaron las seis. Era un reloj que sonaba, sabe Dios dónde, si en realidad sonaba en alguna parte... Soledad, como si despertase súbitamente, exclamó:

—¡Vamonos pronto de aquí!

Para su alma, no era un reloj verdadero, sino las misteriosas campanadas con que algo invisible la avisaba. Parecía presentir que a aquella hora su marido salía de la casa y caminaba rápidamente hacia la guarida donde ella estaba con su amante.

Los misteriosos duendes del Destino decían algo confuso y terrible en sus oídos, cuyas palabras, aunque no se oían claramente, tenían el poder de estremecer su alma.

Se vistieron de prisa, sin darse el beso de despedida. Llamaron repetidas veces al timbre. Soledad se retorcía las manos de impaciencia. En su subconsciencia, sentía aproximarse aquella cosa inconcreta y escalofriante...

—¡Esa mujer... cuánto tarda en abrirnos!—suspiró.

Presentía que los minutos tenían un valor precioso... ¡Por fin! Salvaron la pina y retorcida escalera. Silencio. No se encontraron con nadie. Ya veían el fondo de la calle por el marco del portal, ya ponían el pie en el último escalón. Un hondo suspiro, como quien despierta de una pesadilla... De repente se dieron de bruces con un hombre que entraba. ¡A un paso de los amantes, pálido y terrible, estaba él!

Carlos vió de golpe, con un choque bestial, lo que iba buscando. Sintió que algo le aplastaba el cráneo, que dejaba de ser él, que sus pensamientos se borraban y una rabia homicida le abrasaba, como una sed tremenda, capaz de beber sangre viscosa y humeante. Dió un aullido lúgubre y alzó la mano, armada con una *star,* apuntando a la cabeza del *Marquesito,* que, instintivamente, se encogió al sonar el disparo.

Soledad dió un salto, cubriendo el cuerpo del chulo, y gimió en su sublime inconsciencia:

—¡No le mates, por Dios!

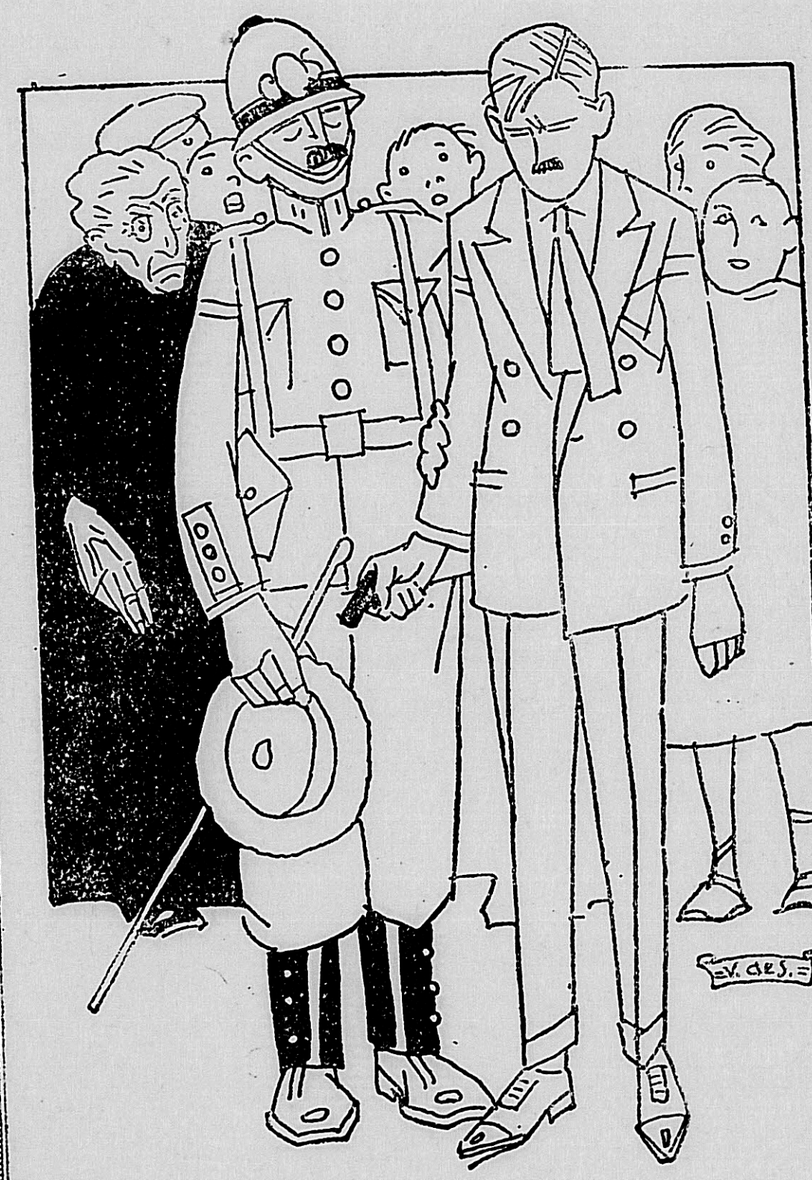
Antes de que hubiera cesado la resonancia del tiro, Soledad cayó con un balazo en la frente, agarrándose en la agonía a las pier-

nas de Rafael. Este tuvo miedo un instante; después intentó sacar la navaja... Ya un tropel de transeuntes había sujetado al matador. Se oían gritos y pasos precipitados en toda la casa. Vibraban todos los timbres a un tiempo; todas las parejas, asustadas por la detonación, querían huir de los cazaderos, con cadena y candado, encerrados por fuera como una celda carcelaria. Un pánico delirante hacía sollozar a las mujeres y palidecer a los hombres.

Las comadres de la vecindad runruneaban; los chiquillos sucios se deslizaban por entre las piernas de los mayores para contemplar el cadáver, con unos ojos estúpidos e inmóviles. Guardias, soldados, bigardones, toda la gentuza del arroyo, los que al azar pasaban, formaron una negra rueda ante el portalucho siniestro.

Acertó a pasar, dando bandazos, con su destartalado simón, el señor Froilán, el automedonte. En el mismo vehículo que la llevara la primera vez a la yacija de placer condujeron a Soledad a la Casa de Socorro.

Carlos Montiel se dejó maniatar. El sueño bonito de su vida estaba allí, deshecho entre el fango de la calle, carnaza para la curiosi-



dad de la canalla. Aun no tenía conciencia de lo que había hecho. Había caído ella sin que él la quisiera matar. Parecía que *aquello* tenía que acaecer por una fatalidad misteriosa. Acaso fuese justo...

Un rezagado inquirió lo que allí había ocurrido. Alguna comadre tripuda y desgalichada respondió:

—Un hombre que ha cogido a su mujer con el querido y *la dao pal pelo*.

Castizo colofón de aquella historia de enchulamiento y de golfería.

XV

El prestigio de galán de Rafael, *el Marquesito,* se acrecentó con el desenlace de aquel episodio de amor y de sangre. Durante muchos días tuvo el amargor de no haber sabido defenderla, Pero el Destino cae fulminantemente sobre sus víctimas, agarrotando las manos y la voluntad.

Los periódicos ilustrados dieron los retratos de los tres actores del drama. La figura grácil y varonil del chulo volvió locas a todas las histéricas, y cayó sobre él un aluvión de cartitas perfumadas. Se convirtió en un ídolo cruel y deseable y provocó una epidemia de ninfomanía, que duró todo el verano, entre las cocotas, las busconas, las golfas, las pelandruscas y las rameras o peripatéticas. Muchas honestas casadas experimentaron tam-

bién algunos síntomas, pero fueron bastante hipócritas para ocultarlo.

Carne de lujo y de placer, psicología de prostituta. Rafael siguió viviendo en la casa roja de las verdes persianas con los balcones estallantes de macetas; en la casa alegre, como una chula pinturera y descarada, junto a las otras mansiones, feas y sin garbo, como mujeres pobres... Aquella guarida perfumada de pecado, entre cuyas ventanas veían las vecinas fisgonas revolar unas locas cabezas de mujer y oían crujir las sedas y algunas veces un estallido de besos. La guarida que era la constante inquietud de la calle, de donde brotaban, como alegres chorros de agua, voces juveniles cantando todos los cuplés, fados, milongas, tangos y esas elegías populares a la muerte de los toreros...

El inquietante interior, donde se escondían aquellas mujeres bien vestidas que venían por la noche, dejando en la calle pobretona un rastro de fragancias, donde se escuchaba la voz de un piano y con más frecuencia las estridentes melopeas de un gramófono; y ante la que daban sus bocinazos los automóviles, cuando toda la calle dormía su sueño de obreros, de menestrales y de covachuelistas y

ahuyentaban a un ruiseñor que, en el romántico jardinillo del conde de Cheste, parecía el ánima del soldado-poeta que tornaba desde el misterio a las arboledas que sombrean su viejo palacio.

Seguía viviendo *el Marquesito* su vida de animal de placer en las dulzuras del serrallo—que hasta la arisca Acacia se le había rendido—mientras fuese un *chaval,* sabiendo que la existencia de los chulos de mujeres es brevísima, porque es el triunfo de la primera juventud, y que a los treinta años *un macarra está mandado retirar*. Paralelamente al vivir de sus amiguitas, su crepúsculo y su ruina iban al unísono, porque una golfa *purí* y un chulo viejo, al no poder dar el placer, pierden la prolificación de su vida.

La Trini extremaba sus caricias y le envolvía en una constante fascinación de lujo, de caprichos y de dádivas. Desde que se vió la primera y trágica cana entre sus magníficos cabellos corvinos, agotó todos los recursos de la pasión para encadenar a *su* hombre a su hermosura en decadencia.

Y algún tiempo después, cuando con una amiga reciente decantaba las glorias de amor de su favorito, solía exclamar, radiantes de

orgullo sus ojos verdes, que eran como dos raras gemas sobre su cara de ámbar:

—Ya ves tú si será hombre de mérito, que una mujer casada se dejó matar por él. ¿No lo sabías? ¡Anda, pues si vino *retratao* en *tos* los papeles!

Y *el Marquesito* tuvo su galante leyenda, amasada con lágrimas y sangre, como Don Juan.

Emilio Carrere

EN NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICAREMOS

El veneno de la aventura

POR

ALVARO RETANA

o o o

ILUSTRACIONES DE

:-: GUILLEN :-:

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		**Extranjero:**	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

La Novela de Noche

Oficinas: Mendizábal, 42.
MADRID
APARTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

ESPAÑA

Año..... 22 ptas.
Semestre..... 12 —

EXTRANJERO

Año..... 32 ptas.
Semestre..... 19 —

PORTUGAL Y AMÉRICA

Año..... 24 ptas.
Semestre..... 14 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Antonio de Hoyos y Vinent, W. Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.

Lea usted, coleccione usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

TREINTA céntimos ejemplar.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

LA NOVELA DE NOCHE



SUCE.ª DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID